



## PINTORES CELEBRES.

PERUGINO.



Vista interior de la sala de audiencia del colegio del Cambio en Perusa, pintada por Perugino y sus discípulos.

Pedro Vannucci maestro de Rafael y designado generalmente por Perugin (Perugino), sobrenombre que trae su origen de la ciudad de Perusa (Perugia), nació en 1446. Su padre Cristóbal Vannucci, natural de Castel-della Pietra, vi-  
23 de Abril de 1850.

no á Perusa con objeto de buscar un bienestar que no encontraba en ninguna parte: era casado y tenía muchos hijos, de los que solo Pedro llegó á distinguirse.

Un autor bastante conocido comienza las pocas páginas  
TOMO VIII. 10



que consagra á Perugino, con un pomposo elogio á la pobreza y á su influencia mágica sobre los artistas, pasando después á considerarla como causa mas poderosa de la aplicación, progresos y gloria de Perugino (1). Sin embargo, en esta opinion es difícil ver otra cosa que una paradoja. Es cierto que Perugino, durante su adolescencia, pasó muchos trabajos, trabajos que llegaron muchas veces hasta el extremo de carecer de lo necesario para mitigar el hambre y de no tener otra cama que un cofre de madera; parece tambien que en medio de estas pruebas se sentia poseido de invencible inclinación hácia el arte, y que instalado en el estudio de un pintor con el encargo de moler colores, se dedicó desde aquel momento á la pintura con un ardor y constancia tal, que se elevó rápidamente de una condicion muy humilde á la de la fortuna, y de la oscuridad de su familia á una reputación universal. Pero creemos que es hacer demasiado honor á la pobreza, atribuirle la gloria de sus generosos esfuerzos y del éxito brillante que los coronó. Raramente la pobreza sirve para gran cosa, antes al contrario, mas veces es consejera del mal que del bien; por si misma no es manantial de inspiraciones virtuosas, y antes tiende á trabar que á desarrollar los impulsos del genio, porque examinado con detención, ¿cuál es el primer pensamiento que asalta al joven á quien oprime la pobreza? Seguramente el de arrancarse de su opresión ¿Y cuál el medio mas rápido de conseguirlo? Trabajar lucrativamente. Y harto sabido es que los estudios que conducen á la superioridad del talento y á descubrir los mas íntimos secretos del arte, no son á propósito para lucrar. Una alegoría moderna representa en una bohordilla desmantelada y pobrisima á un joven entre dos genios: uno bajo el aspecto de una muger vestida de harapos, de mala cara y asquerosa, parece esclamar: «Pan, pan. Trabaja para comer. ¿Qué importa la gloria á quien no puede vivir?» El otro genio, bajo la apariencia de una joven melancólica, pero noble y altiva, murmura dulcemente señalando con su dedo á un objeto invisible: «Sufre, pobre joven, sufres un poco mas; sobrelleva con resignación y valor tus pesares, que si antes no te sorprende la muerte en tan crueles pruebas, un dia, créeme, será tu recompensa la gloria.» ¿Cuál de estos dos consejeros conseguirá la victoria en el ánimo del joven?—La pobreza, si ha nacido con disposiciones vulgares; el genio, si es del corto número de los escogidos; y entonces se alzarán, no gracias á la pobreza, sino á su pesar, contra su despecho, y ni él ni el mundo que gozará con sus obras, tendrán nada que agradecer á esta madrastra de las artes. Es una preocupacion creer que la indigencia es la condicion primera de los grandes artistas; una medianía modesta es la condicion mas favorable para el desarrollo de las facultades de los grandes genios.

Indudablemente que el primer elogio debido al Perugino es no haberse dejado abrumar de la pobreza. Ningun escritor ha consignado pormenores exactos relativos á sus primeros estudios, y tampoco acerca de quien fué su pri-

(1) «Di quanto beneficio sia agl' ingegni alcuna volta la povertà, e quanto ella sia potente ragioni di fargli venir perfecti ed eccellenti in qual si voglia facultà, assai chiaramente si può vedere nelle azioni di Pietro Perugino etc.» Felibien no ha hecho mas que parafrasear los anteriores renglones: «El aspecto de la pobreza y el deseo de adquirir bienes de fortuna, fueron los móviles que prestaron tanta perseverancia á Pedro Perugino, y que hicieron que perfeccionara en su arte y llegara á producir obras de las mas bellas de su tiempo.»

mer maestro; pero es lo cierto, que aun muy joven decidió marchar á Florencia para perfeccionarse en su arte. Hay quien pretende que para llegar á esta ciudad tuvo que mendigar de pueblo en pueblo; pero se resiste el conciliar tan desventurada posición en esta época de su vida, con la aserción de un autor que refiere que antes de su marcha de Perusa habia ya pintado dos grandes composiciones; una Trasfiguración y una Adoración de los Magos.

En Florencia, segun Vasari, ingresó en el estudio de Andrés Verrochio, que fué tambien maestro de Leonardo de Vinci y de Lorenzo Credi. A su llegada á Florencia valia ya tal vez tanto el Perugino como Verrochio, que gozaba de una reputación mas envidiable en escultura que en pintura. Distinguióse el Perugino al principio por un conocimiento de la perspectiva y un gusto para el paisaje desconocido hasta entonces de los florentinos, y después por la gracia de sus figuras, la noble modestia de sus actitudes, y por la suavidad de su colorido, y la combinación de sus tonos verdosos, rosados y violetas, fundiéndose y desvaneciéndose sobre fondos azules con infinita dulzura. Por la esbeltez y elegancia de los edificios con que adornaba sus composiciones, encantaba en Florencia tan poseída del sentimiento de la arquitectura. El joven artista progresaba admirablemente llevado de las grandes obras de Masaccio (1), estimulado con el aprecio del público y con el deseo de esceder las tempranas celebridades contemporáneas de la escuela toscana. Su trabajo asiduo y su generosa ambición obtuvieron la recompensa de verse en primera categoría; las comunidades religiosas de Florencia se dirigian á él para que decorase los muros de sus claustros y las bóvedas de sus iglesias. Pintó para los Camaldulas un San Gerónimo arrodillado, cuya actitud y fisonomía espresaba una piedad profunda. Esta obra que reveló sus grandes conocimientos en anatomía, y sobre todo su vocación á traducir el recogimiento y el amor religioso, ensanchó los límites de su reputación, que se extendió por toda Europa. Comisionistas de España, Francia y Alemania solicitaban comprar sus cuadros. Se cuenta que un florentino llamado Bernardino de Rossi, que le compró un San Sebastian por cien escudos, le vendió por cuatrocientos al rey de Francia. Por el mismo tiempo disputaban las comunidades religiosas el honor de decorar sus templos con las obras de este artista.

El cardenal Caraffa le mandó llamar á Nápoles, donde pinto para el altar mayor de la metropolitana una Ascension de la Virgen. De allí marchó á Roma, donde Sixto V le mandó pintar la capilla del Vaticano, que lleva su nombre (capilla Sixtina). Una parte de sus obras fué destruida después por orden de Pablo III para hacer espacio al Juicio final de Miguel Angel. Tal fué el favor que alcanzó en Roma que no le hubiera bastado el resto de su vida para ejecutar los trabajos que le encomendaban el papa, los cardenales y principales señores; pero como colmado de riquezas se habia hecho con pingües bienes de fortuna en su pais natal, y decia queria gozar del fruto de sus tareas, resistió las instancias que le hacian, y se retiró á Perusa acompañado de algunos de sus discípulos, entre ellos Bernardino Pinturicchio, que cuentan era asociado suyo en un tercio de ganancias. Sin embargo, no encontró el reposo que se prometia, reposo que por otra parte hubiera sido para su ánimo un suplicio. Un gran número de jó-

(1) Muerto en 1443, tres años antes del nacimiento de Perugino.



venes acudieron á su estudio, el mas celebrado de Italia, solicitando ser admitidos, y entre ellos se presentó acompañado de su padre Rafael Urbino, que permaneció diez años á su lado. Entre las muchísimas obras que ejecutó en Perusa es digna de citarse la de los Desposorios de la Virgen, pintura que desgraciadamente no existe, pero acerca de la cual está fuera de duda, que el célebre cuadro de Rafael que representa este mismo asunto y que se conserva en el museo de Milán, no es sino una copia admirable de aquel. Digno del mayor interés hubiera sido poder comparar entre si estas dos obras. Otra de las cosas mas notables que produjo el genio de Perugino en esta época, fueron los frescos con que adornó, cooperado por sus discípulos mas sobresalientes, la sala de Visitas y la capilla del colegio del Cambio situada al nivel del piso de la calle principal de Perusa. En nuestro primer grabado que representa la mencionada sala puede observarse el órden que guardó en la decoracion. Ademas de los planetas en sus carros y de la Resurreccion, pueden observarse por bajo de las alegorias de la Esperanza y la Fé las figuras de Moisés, Isaías, Daniel, David, Jeremías, Salomón, y las Sibilas; y por bajo de las de la Prudencia y Moderacion, las de Fábulo Máximo, Numa Pompilio, Fulvio Camilo, Lucio Licinius, Horacio Coclés, Fabio Sempronio, Cincinato, Trajano, Sócrates, Pitágoras, Pericles y Leonidas. Entre estas dos pinturas se ve el retrato del Perugino, atribuyéndose gran parte de estas obras á Rafael y á Andrés Luigi; y á otro discípulo, Giannicola de Perusa, buen colorista, pero mediano dibujante, el cuadro de la Natividad de San Juan que se conserva en la capilla.

Al Perugino estudiado en Perusa mismo se le admira mucho, observacion de un escritor que nos parece justa, y que merece admitirse y generalizarse: todos los pintores ganan en favor siendo estudiados en las ciudades en que practican su arte, y hasta tal vez solo así puede comprendérseles y apreciarles debidamente. En presencia de la naturaleza y de los tipos que han imitado é idealizado, bajo el cielo y en los paisajes en que han vivido, rodeados de los antiguos monumentos con que han embellecido sus composiciones, en medio de los pueblos y razas cuyos rasgos, espresion, ademanes, creencias y costumbres han estudiado, considerado á cada paso y hasta participado de ellos, es donde se explica mejor ó penetra mas íntimamente la originalidad de su genio. Otros así se dan cuenta de ciertos efectos particulares de obras que consideradas en otros sitios, pueden aparecer como caprichosos ó exagerados. Recorriendo las calles de Perusa se descubren hoy aun jóvenes que recuerdan las madonas de Perugino, niños parecidos á sus niños Jesus, y sus ángeles, y ancianos, que al verlos se diría le habian servido de modelo para representar las fisonomías de sus santos. En todos estos tipos sencillos y que muestran mas candor que belleza, se complace el observador en descubrir cierta tranquilidad y cierta calma que respiran todas las pinturas del maestro de Rafael; al mismo tiempo que se adquiere la medida de su privilegiada penetracion que ha sabido descubrir sentimientos tan elevados, tan puros, tan verdaderos en los caracteres secundarios bajo que se constituyen las individualidades. Este trabajo del genio puede calificarse de verdaderamente divino pues que consiste en extraer y revelar lo que hay de esencial, imperecedero y eterno en la persona humana, lo que posee, por decirlo así, perteneciente al cielo, conservando sin embargo de su forma lo que no constituye su espresion

mas noble. Esto es lo que constituye la sublimidad de los grandes maestros del siglo XV. Esto es lo que se llama última manera de Perugino, aquella en que *rafaeliza*, segun la espresion italiana, difiriendo alguna vez tan poco de la primera manera de Rafael, que es casi imposible, cuando no se está dominado de prevencion, no admirar tanto las obras de uno como de otro. Tambien es Perugino justamente admirado y estimado para los que señalan el punto culminante de la pintura en la segunda manera de Rafael, al contemplar en Perusa mismo su Santa Familia en el Cármén, el Nacimiento y el Bautismo de Cristo en San Agustín, el colegio del Cambio y la Madona, y Jesus entre San Juan Bautista y San Sebastian, en el museo del Vaticano. Cuando se ha estudiado con esmero sus grandes obras no se admite lo que se ha dicho muchas veces de que Perugino debia toda su gloria á Rafael.

Solicitado Perugino de España y Francia, rehusó marchar, pero no pudo resolverse á no volver á Florencia, donde se habian operado grandes progresos en pintura, y donde se creaban reputaciones que amenazaban eclipsar la suya. La de Leonardo de Vinci le escedia ya, y Miguel-Angel, joven aun, hacia presentir una revolucion en el arte. Al principio dicen que cobró con este último una amistad muy íntima, pero el carácter de Miguel no era el mas á propósito para que fuera duradera aquella intimidad. Estos dos artistas miraban el arte bajo dos puntos de vista muy diferentes, y de consiguiente no era fácil pudieran entenderse ni aun amarse. Perugino, que en cierto modo es el genio de la transicion entre las visiones ascéticas de los pintores del último periodo de la edad media y las aspiraciones hacia la belleza de la forma que brotaron con el renacimiento, estimaba ante todo la espresion sencilla y cándida y la sobriedad de los medios. Miguel-Angel que despertaba su fogoso genio en medio de las obras maestras del arte pagano que se desenterraban por todas partes, consideraba elevarse ante su vista el arte como un nuevo Olimpo que se aprestaba á escalar con la intrepidez y energía de un Titan. Estas diferencias en la consideracion del arte llegaron á estallar ostensiblemente: Miguel-Angel dejó traslucir palabras de desden y sarcasmo contra las figuras meditadoras y tranquilas del Perugino: éste contestó que las de aquel eran duras y sin alma. Esta desconsideracion debió servirle de útil advertencia para conocer que la tendencia de la época á desprenderse de las tradiciones antiguas del arte eran favorables á las atrevidas tentativas de la nueva generacion; pero en vez de adquirir este convencimiento tuvo la debilidad de querer atraer la opinion á su bando, y emprendió la obra de acabar el cuadro del altar mayor de la iglesia de Servi que habia comenzado Leonardo de Vinci. Esta imprudencia dió margen á Miguel-Angel para increpar al viejo maestro, que en efecto no podia sino perder mucho en ponerse tan de cerca en parangon con Vinci. Llovieron sobre él las sátiras y caricaturas que aplaudia el pueblo, y hasta los religiosos mismos, impresionados por la opinion de los mas, le echaron en cara haber gastado inútilmente su lienzo. Entonces no se fijaban mas que en los defectos del que hacia treinta ó cuarenta años se le creia imposible de esceder. Atendiendo los adelantos del arte se le reconvenia hasta cierto punto no sin fundamento, cierta aridez de estilo, rigidez en los ropages, mezquindad en los paños, poco movimiento y diversidad en los caracteres y afecciones, y sobre todo poca invencion, ninguna fantasia, gran monotonia en sus composiciones que reproducia en diversos lugares sin



alteracion de ningun género. Perugino contestaba que era dueño de plagiarse á si mismo, y que lo que era bueno en un sitio debía serlo en todos. Perugino hubiera podido aun defenderse pronosticando los peligros de la nueva escuela al desertar de los campos conocidos, por correr las aventuras de todas las pasiones humanas, aunque precisamente los presentimientos de un porvenir temerario era lo que sublevaba los corazones de todos. Miguel-Angel prometia á los jóvenes artistas un nuevo y vasto imperio, cuyo cetro se sentia capaz de conquistar y hacia el cual le impulsaban sus engañosas esperanzas. Sin duda debió estar escrito en su des-

tino habia de ser vencido por un joven modesto, prendado precisamente de aquellas mismas figuras de Perugino que tanto habia censurado: este era Rafael, proclamado principe de los pintores, el cual despues de seguir fielmente el sendero de los viejos maestros, fué mucho mas lejos, llegó al vértice supremo, al cual sus sucesores aun los mas felices no han hecho si acaso, mas que llegar, admirarle y descender.

Perugino sin mirar en el porvenir á tales distancias, se alejó ofendido de Florencia con propósito de no volver mas. Sin embargo, perseveró en trabajar hasta sus últimos mo-



Vista exterior del colegio del Cambio en Perusa.

mentos, y tuvo el consuelo en el último periodo de la vida de ver crecer la reputacion, no solo de Rafael, sino tambien de la mayor parte de sus discipulos, y todos mas ó menos inspirados por ese sentimiento tierno, íntimo y delicado que habia constituido el encanto de sus figuras. Entre ellos se distinguia Andrés Luigi de Assise, á quien llamaban sus discipulos *l'Ingegno*, (el genio) rival del divino Sanzio y que le hubiera igualado tal vez, si en la flor de su juventud no hubiera quedado ciego; el desgraciado sobrevivió mucho á la pérdida de sus esperanzas. El papa le señaló una pension y se retiró al pueblo de su naturaleza, donde sostenido por la religion escondió su vida, que no se terminó hasta los ochenta y seis años de edad.

Perugino se retrató muchas veces y á muy diferentes edades. El que hizo para el colegio del Cambio es el menos agradable de todos. En la edad madura, su cara era un poco redonda, respiraba fuerza de ánimo y serenidad de alma.

Era de mediana estatura, pero grueso de cuerpo y de una constitucion vigorosa.

Si se hubiera de dar entero crédito á un autor acerca del juicio que hace del carácter de Perugino, le favoreceria poco sin duda, pues le considera poseído de sórdida avaricia y hasta de impiedad. «Era, dice, persona poco religiosa, hasta el punto que no fué posible hacerle creer en la inmortalidad del alma. Se trató de convencerle usando un lenguaje apropiado á su cerebro de pórvido, pero resistió con «la tenacidad mas ciega á los esfuerzos que se hicieron por «encarrilarle por el buen camino. Cifraba todas sus esperanzas en los bienes de fortuna, y por dinero era capaz de empenarse en cualquiera mala accion.»

No es posible aceptar semejante juicio, mucho mas si se considera que el que lo ha escrito era un adepto y discípulo de Miguel-Angel, que mas que otra cosa se proponia hacer una apologia de su maestro, enemigo encarnizado de Perugi-





no. Era niño cuando murió este artista y nada tiene de extraño que aceptase sin grande escrúpulo las prevenciones que los admiradores de Miguel-Angel habían concebido hácia el viejo pintor de Perusa con motivo de su último viaje á Florencia, cuando le vieron entristecido y enojado rechazando innovaciones que no acertaba á comprender. Si Rafael hubiera escrito la vida de su maestro es probable que formara un juicio muy diferente. Solo puede convenirse en la debilidad á que se dejó conducir en los últimos años respecto á avaricia, lo cual se explica hasta cierto punto por los terrores de la pobreza que experimentó durante su juventud; pero en cuanto á impiedad ¿cómo puede imaginarse que el artista que tan admirablemente ha sabido expresar el sentimiento religioso poseyese ese espíritu material y limitado que nos cuentan? ¿Cómo con tal carácter habría de haber influido tan favorablemente en el ánimo de Rafael y sobre todas las inteligencias honor de la escuela de Perusa? Desgraciadamente la opinión pública es lenta en convencerse de la falsedad de las primeras anécdotas que hacen circular los biógrafos.



Perugino.

A la asercion del autor que tan mal trata á Perugino puede oponerse lo que se lee en Liona Pascoli que viviendo en Perusa ha podido recoger en los archivos y de las tradiciones de la ciudad, noticias dignas de confianza: «Perugino, dice, era de fisonomía brusca y severa, pero persona de buen fondo y simpática. Hablaba con facilidad, amaba la conversacion de sus amigos y preferia el trabajo á todas las diversiones. Tenia una justa estimacion de sí mismo y rehusaba reconocer superioridad alguna en los ricos y poderosos. En las ocasiones oportunas mostraba la sensibilidad de su corazón, era instruido, prudente, y aunque naturalmente inclinado al resentimiento, al orgullo y á la envidia, tenia suficiente imperio sobre sí para reprimirse y dominar sus pasiones».

Perugino se habia casado con una jóven de Perusa á la que amaba con ternura y para la que nada le parecia bastan-

te rico para su adorno. Murió en Castell della Pietra, de edad de sesenta años, dejando una fortuna inmensa que dividieron sus dos hijos, sin pretender ninguno continuar su renombre.

## SAN JUAN DE LA PEÑA.

### FUNDAMENTOS DEL REINO DE SOBRARBE.

A principios del siglo VIII, cuando los moros inundaron la desolada España, vivian en Zaragoza dos hermanos llamados Voto y Felix, caballeros de alto linage, tenidos en gran renombre por sus riquezas, y mas aun por sus virtudes. Voto era en extremo aficionado á la caza. Un dia, persiguiendo á un ciervo en las inmediaciones de Jaca, llegó al alcance del animal, á una montaña asperísima pero cuya cima corona una vasta llanura. Lánzase hasta la estremidad del monte; de pronto desaparece el ciervo, el caballo se precipita en la carrera; pero el terreno le falta y un abismo va á tragarle con su ginete. Este próximo á perecer invoca á San Juan Bautista, á quien tenia gran devocion, y por un efecto maravilloso el caballo queda inmóvil con las dos patas fijas en la montaña y el resto del cuerpo suspendido sobre el horrible precipicio. El jóven saltó en tierra y permaneció largo rato de rodillas. Deseoso de ver todo el peligro del que una mano sobrenatural acababa de librarle, cortó con su espada el ramaje que le obstruia el paso. Un sendero abierto por las bestias salvages le guió á una fuente que manaba al pie de una roca escarpada y próxima á la entrada de una caverna misteriosa. Voto se estremeció al mirar aquel inmenso precipicio, y vió una imagen de la suerte que le habia amenazado en el cadáver del ciervo, que yacia allí cubierto de sangre y mutilado por la caída. Nuestro héroe entró en la caverna: no era el primero que hollaba su suelo: una iglesia se ofreció á sus miradas. El jóven lleno de alegría corrió hácia el altar, pero se detuvo de pronto helado de espanto, delante de un hombre tendido en el suelo sin vida. Este espectáculo inesperado en un lugar tan lúgubre cubrió á Voto de un inmóvil estupor. Sus lábios dirigieron al fin una súplica al Eterno, y la calma que reinaba en la fisonomía venerable de aquel cadáver acabó de tranquilizarle. Entonces se aproximó y cogiendo una piedra triangular, sobre la que descansaba la cabeza del anciano, vió grabada en ella la siguiente inscripcion:

*Yo, Juan, soy el fundador y el primer habitante de esta iglesia, que he dedicado á San Juan Bautista. He vivido muchos años en esta soledad y ahora descanso al lado del Señor. Amen.*

Voto creyó oír la voz del cielo que le llamaba á imitar tan santa vida. El mismo enterró al anciano, y volviendo á Zaragoza, contó á Felix las maravillas que le habian sucedido. Este quiso seguirle, y poco despues los dos hermanos, habiendo dado libertad á sus esclavos y distribuido sus riquezas á los pobres, fueron á encerrarse en la ermita de San Juan.

La crónica refiere cuantas veces los demonios hicieron resonar con sus espantosos aullidos las bóvedas de la caverna á fin de turbar la paz de estos siervos de Dios. Pero la reputacion de sabiduria y santidad de los dos anacoretas se entendió muy pronto de montaña en montaña, y de todas partes



acudían á consultarles en las circunstancias difíciles, al mismo tiempo que su gruta era el asilo de los desgraciados cristianos perseguidos por el alfanje musulmán.

Un día se presentaron en la caverna seiscientos hombres, pálidos, desnudos, impresa la tristeza en sus semblantes, y sus cuerpos cubiertos de cicatrices. Eran infelices proscriptos buscando una patria; eran los restos de los valientes montañeses, que perseguidos por la terrible espada de Ayub, venían á buscar un último refugio en la caverna de Oruel. En otro tiempo estos desgraciados creyeron poder construir la ciudad de Pano sobre la llanura que forma la cresta del monte; pero el ojo avizor del califa Muza, apenas hubo descubierto un pueblo libre sobre aquellas alturas casi inaccesibles, cuando Pano fué destruida.

De la caverna de San Juan salieron los vengadores del cristianismo. Los seiscientos montañeses no tardaron en empuñar las armas; y guiados por los consejos de Voto y Felix, eligieron por caudillo á Garci-Jimenez, hombre menos recomendable por su origen ilustre que por la extraordinaria energía, de que habia dado hasta entonces repetidas pruebas. Bajaron impetuosamente á la llanura, y poco despues un formidable ejército de moros cubria con sus restos el pie de la montaña de Ayusa.

Voto y Felix murieron llenos de años y de santidad; pero dejaron sucesores cuyo número se aumentó de día en día. Algunos años despues, el rey don Fortun-Garces hizo edificar una magnífica iglesia sobre la pequeña ermita, y hácia el año 1023, Paterne, fraile francés, vino á dar á los cenobitas de Oruel, las reglas y estatutos de la órden de Cluni.

Apenas habian transcurrido dos siglos, despues de la instalacion de los dos hermanos en la gruta, cuando el monasterio de San Juan de la Peña era uno de los mas célebres de su tiempo. Los reyes lo eligieron para su sepulcro, y este privilegio insigne fué para él un manantial de riquezas y honores. Ya no se veian aquellos pobres ermitaños, alimentándose con yerbas y raices, macerando y domando sus carnes rebeldes. Los nuevos frailes habian cambiado por la blanda pluma la almohada de piedra de los anacoretas, y sus cilicios de paño tosco, por la fina lana de Segovia. El báculo de madera del prior, se trocó por uno de oro, y en sus manos poderosas llegó á ser un cetro que cedía apenas en grandeza al de los reyes.

Al ir á San Juan de la Peña, se baja por un desfiladero cubierto de acebos, pinos y maleza. El espectador se detiene de pronto debajo de una inmensa roca, á cuyo pie hay un humilde edificio; es la entrada del convento subterráneo. A la derecha hay una escavacion de la que sale una fuente; á la izquierda inmensos conos y rocas calcáreas amontonadas unas sobre otras, como obeliscos, cuyas puntas desafían al cielo. Todo en este sitio representa la imágen de la muerte. Los árboles permanecen inmóviles; no hay una hoja que caiga al suelo ni un murmullo que hiera el aire; tan solo los golpes lentos y mesurados de la campana suenan las horas, marcando nuestros pasos hácia la eternidad. Al abrir una merquina puerta y subir algunas escaleras, el viagero cree hallarse en un palacio encantado; el mármol cubre el suelo, las paredes y la bóveda. A pesar de hallarse bajo de tierra, entra la claridad por todas partes. La Peña gravita sobre las paredes exteriores; pero está cortada, y deja ver un cielo magestuoso. Despues de haber atravesado el antiguo vestibulo, que fué el primitivo sepulcro de los reyes, y cuyos muros están cubiertos

de losas sepulcrales con inscripciones góticas; despues de haber admirado la iglesia y su inmensa bóveda, formada tan pronto por la mano del hombre, como por la bóveda misma de la caverna, se abre una nueva puerta á la izquierda del altar que dá entrada á una sala resplandeciente de pórvido y de oro. Mas de treinta reyes, principes y reinas, reposan allí, en sus sepulcros de mármol. Allí yacen en un pequeño espacio aquellos reyes de Aragon que para respirar necesitaban todo un reino. ¿Quién se atrevería á turbar el reposo de tantos valientes? Allí descansa Garci-Jimenez, el osado montañés, el soldado coronado, que como hemos dicho, á la cabeza de seiscientos valientes fué á situar en la llanura los fundamentos del reino de Sobrarbe. Mas allá está Sancho-Garcés, el acuchillador de los moros: García, que al vestir su cota de malla temblaba él mismo de los peligros á que iba á esponerle su impetuoso ardor: Fortun, que murió sobre un monton de enemigos. Allí se han reunido esos hombres de hierro para descansar del estrépito de las batallas, y duermen el sueño eterno, sin que los despierten las lentas salmodias del claustro. Antiguos cristianos que el reconocimiento monacal beatifica, aunque sus manos estaban mas acostumbradas á agitar la guarnicion de una espada, que á pasar las suaves cuentas de un rosario. Allí yacen en fin muchos reyes, que arrebataron su herencia á los sarracenos; muchas bellas princesas que hacian morir de amor á tantos caballeros.

A la agitacion sucede la inmovilidad y el silencio; á la alegría de las fiestas y torneos el frio glacial de los sepulcros. ¿Cuántos secretos encierran aquellas estrechas urnas!

Los veinte y siete sepulcros han sido colocados segun el órden que tenian en la antigua sala, y llenan en tres líneas una de las paredes del panteon. Cada uno de ellos está cubierto de una plancha dorada á fuego, en la que están inscritos los nombres de los principales héroes que contienen, y debajo sus armas. Muchos de estos nichos encierran diferentes personajes.

En la pared opuesta se ven tres grandes medallones esculpidos en bajo relieve. El primero representa el juramento de los reyes de Aragon: los otros recuerdan dos acontecimientos memorables; son dos victorias conseguidas la una por Garci-Jimenez, y la otra por Iñigo Arista. En estos últimos aparece una cruz en el campo de batalla, á cuya vista los moros consternados huyen en desórden, y los cristianos los persiguen causando en ellos un horrible destrozo.

Al fondo del santuario, sobre el altar, se elevan tres magníficas esculturas de mármol de una resplandeciente blancura; sus formas son divinas, sus contornos aéreos: son admirables estas tres obras maestras, particularmente el Cristo del famoso Cárlos Salas.

Bajo el reinado de Carlos III se verificó la traslacion de las urnas, y á él se debe todo el esplendor del panteon. El busto de este rey se vé en una de sus paredes en bajo relieve de bronce dorado á fuego.

Al lado del panteon real hay otra sala enlosada tambien de lápidas sepulcrales. Poderosos condes y barones han ido allí á reposar en la antecámara de los reyes. El tiempo no ha borrado bastante las inscripciones fúnebres, y todo español que pasa sobre ellas lee los nombres de los Abarcas, los Iñiguez, y otros leales caballeros que durante su vida fueron las mas firmes columnas de su patria.

Ningun viagero debe salir sin ver el claustro y las antiguas esculturas, que, despues de mil años, animan los chapi-



teles góticos de sus columnas. No salga sin echar una mirada á aquellas espaciosas celdas subterráneas, las que, merced á los buenos religiosos, igualaron en nombradía en otro tiempo á la nombradía misma del convento.

Todos los escritores del país deploran las pérdidas que han sufrido los archivos de San Juan de la Peña. Atribuyen á los estragos del fuego las numerosas faltas históricas de los antiguos siglos de Aragón. Las memorias hablan de tres principales incendios. El primero, poco tiempo después de la fundación del monasterio, que debió devorar muchos manuscritos de la época y de los tiempos anteriores á la invasión de los sarracenos. Los otros dos que sucedieron en 1491 y 1675 respetaron la biblioteca.

Después del tercer incendio, los frailes juzgaron necesario reedificar el monasterio sobre la llanura superior del monte; mas bien para huir de la humedad subterránea que para evitar nuevos incendios. Cuarenta años emplearon en construir el nuevo edificio; y era, sin duda, una obra maestra: los ejércitos franceses lo destruyeron en la guerra de la independencia. El monasterio actual se hizo en 1816: el número y suntuosidad de las habitaciones, la regularidad de los claustros, y sobre todo la magnífica iglesia de estilo moderno, admiran á los que van á visitarla.

Al subir á la cima de la montaña, cortada en diferentes puntos por barrancos profundos y precipicios escarpados, ningún viajero cree encontrar en la cima un inmenso terraplen de una legua de diámetro, en el que se desenvuelve una cultura fecunda. El convento está situado en el centro de una vasta pradería; por todas partes se elevan gigantescos pinos que rodean la llanura, como para ocultar á los ojos del vulgo los solitarios del oasis. Desde la estremidad del bosque, la vista se extiende sobre las llanuras de Aragón y Navarra; mientras que hacia el Norte se desenvuelve el magestuoso anfiteatro de los Pirineos con sus montañas cubiertas de nieve, que se pierden en las tintas nebulosas del horizonte. Ahora los religiosos han desaparecido, y sus inmensas posesiones pertenecen al estado; pero por una rara casualidad, y lo que por desgracia no sucede en los demás conventos de la nación, el de San Juan de la Peña, se conserva intacto.

Soy poco afecto á las instituciones monásticas, y sin embargo hubiera deseado ver aquel enjambre de hábitos negros esparcidos, al declinar el día, en la inmensa pradera y ocultándose en la espesura de los pinos y matorrales. Sus pasos lentos y mesurados, su ancha capa negra y el sombrero cayendo sobre las espaldas, tenían algo de imponente que armonizaban con el silencio y la soledad. Con sentimiento me alejé de aquellos parajes, y mas de una vez eché de menos á alguno de aquellos respetables y eruditos religiosos, que me hubiese contado, para hacerlo yo ahora á mis lectores, las infinitas maravillas de su convento.

F. M. H.

## EL PARIA.

(Continuación).

INDOSTAN. PRODUCCIONES, USOS Y COSTUMBRES.

### II.

No sé cuantas horas pasaríamos en esta situación, mas cuando la marea empezó á subir, se rompió contra las plan-

tas de mis pies una ola que me sacó del letárgico estado en que me hallaba, merced á la sensación de frescura que experimenté; abrí los ojos, y por cierto muy á tiempo, porque caminando con la ola vi próximo á nosotros un enorme cocodrilo en acecho de que nos levantase el agua. El temor en aquella ocasión fué mas poderoso que el sentimiento religioso; me puse en pie de un salto, hice volver en sí á mi hermano, y ambos echamos á correr hacia un bosque inmediato lo mas velozmente que permitia nuestro estado, á fin de ocultarnos á la mirada de algun indio.

—¿Qué es lo que hemos hecho, exclamó mi hermano vertiendo un raudal de lágrimas, al tratar de esquivar la muerte que hubiera lavado nuestros pecados? ¡Hemos renegado de nuestra casta real! ¡seremos oprobio y vergüenza de los hombres! no somos ya sino miserables parias.

—No te mortifiques así, querido Indrapramati, tal vez encontremos aun remedio á nuestros males; tú que eres sabio como un *richi* sabrás algun recurso de purificación que nos reintegre en nuestra noble casta. ¡Ah! si perteneciéramos á la casta de los brahmines nos seria harto fácil, no tienen mas que decir. «Que esta cosa sea pura para mí!» y en pureza se convierte; discurre algun medio.

—No hay ninguno.

—Perdona; yo recuerdo alguno que tú mismo me has referido; uno es el tomar la *panciagavia* que los brahmines beben lo menos una vez al año. (4)

—Es verdad, Sacontala, pero solo es eficaz esa purificación para las infracciones leves; nosotros no estamos en ese caso. En no habernos dejado ahogar en las aguas del Ganges ó devorar por un cocodrilo, hemos cometido tan gran sacrilegio como si hubiéramos incendiado un templo ó maltratado á un brahmin.

—Si, hermano, pero recuerdo tambien que el rajah de Travancora hizo demoler templos durante la guerra y los brahmines le han purificado y reintegrado por medio del renacimiento de la vaca de oro; entre otros sacrificios de poca importancia, mandó hacer de oro puro una vaca gigantesca capaz de penetrar en ella por la boca y de salir como recién nacido; considerándole entonces los brahmines como un nuevo hijo, otorgaron la absolución á sus pecados y se repartieron los cascotes de la vaca, después de hacerla trizas. ¿No recuerdas tambien la historia del rajah *Ragoba* que quiso enviar dos brahmines de embajada á Inglaterra, que aunque no pasaron de Suez quedaron declarados fuera de casta porque se suponía no habrían podido observar entre naciones impuras la severidad de nuestros ritos? Pues otra vaca de oro igualmente distribuida entre los brahmines, sirvió á su purificación.

—Dices bien, Sacontala; desgraciadamente es demasiado cierto que con prodigar oro y riquezas á nuestros sacerdotes, hacengir la voluntad de los dioses como el aspa de una velta; pero nosotros somos mas pobres que los mismos mendigos.

—Nuestro padre es rico y tal vez si supiera nuestra funesta suerte.... pero nos cree envueltos en las olas.

—Nuestro padre no es rico.

—Hermano si, estoy seguro; le he visto un día visitar su

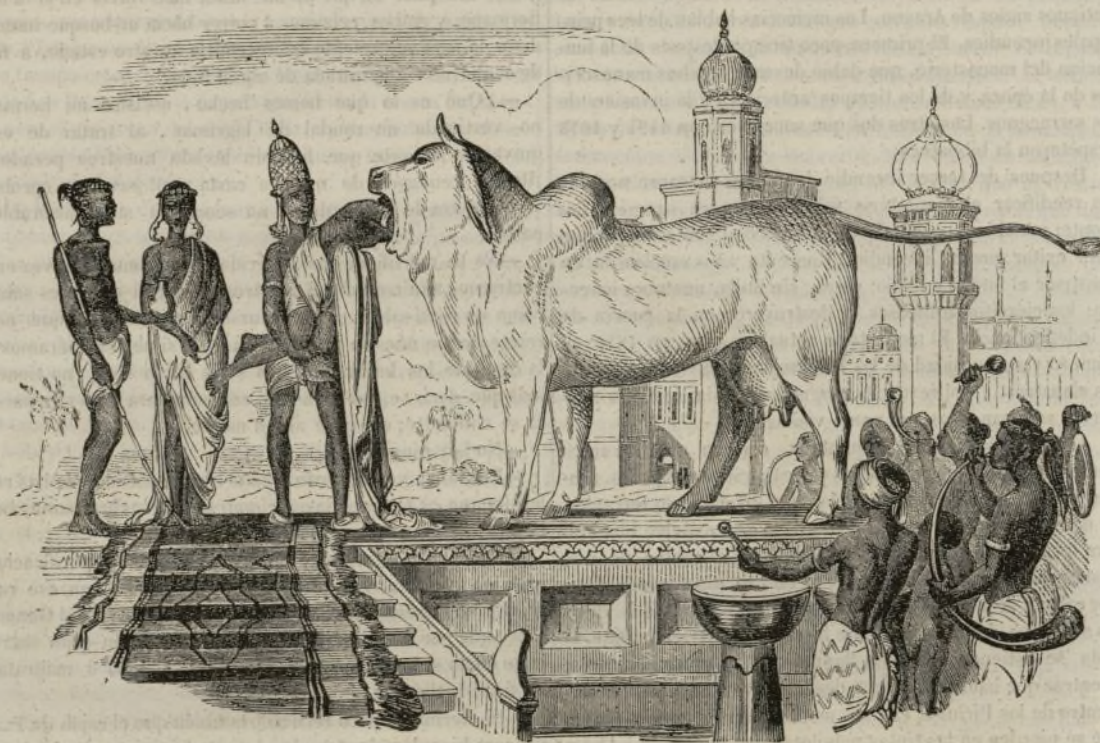
(4) Brevage compuesto de estiércol de vaca disuelto en orin del mismo animal, leche dulce, manteca depurada y leche agria.



tesoro encerrado al pie de la roca de Madhava, bajo la sombra de un frondoso nogal al que iba yo á coger nueces. Para que no castigara mi falta me escondi entre las matas y lo vi todo.

Mi hermano quedó suspenso, y durante esta pausa observé que su fisonomía tomaba mil espresiones distintas, señales

claras de la lucha que bregaba en su alma. No, exclamó bruscamente, el brahminismo es una religion estúpida é injusta y de consiguiente falsa; nuestros brahmines no son mas que hipócritas afortunados que han creado un sin número de supersticiones para engañar y fanatizar al pueblo manteniéndolo



Rehabilitacion por la vaca de oro.

le en la estupidez. La naturaleza humana es presa de la corrupcion. ¿Por qué, entonces, no aprovecharme de la inteligencia que me ha concedido Dios para hacer lo mismo que los demas? Si, yo haré aun mas.

Al escuchar tales blasfemias de los labios de mi hermano me dejé caer sobre la yerba sin fuerzas y llorando.

—Sacontala, añadió, escucha mi resolucion; por ningun titulo iremos á juntarnos con esos parias que despues de haber cometido un crimen arrastran miserablemente su vergonzosa existencia en los pobres aduares levantados á orillas del Hugli. Ocúltate en el hueco de esta roca y espérame.

Indrapramati cogió algunas frutas silvestres y las comimos juntos; recogió musgó y lo estendió en nuestra pequeña gruta; cubrió en seguida la abertura con ramas de árbol y así que llegó la noche me mandó acostar y se alejó.

Al siguiente dia volvió conduciendo bajo del brazo una caja muy pesada que escondió entre el musgo; comimos tambien este dia frutas silvestres, y cuando se hizo de noche nos pusimos en camino orilla del Hugli con mucha precaucion á fin de no dejarnos ver de criatura humana. Viajamos de esta suerte, y despues de ocho dias llegamos á un gran bosque media legua de Patna ciudad construida en la ribera del Ganges, á casi cien leguas de Calcuta. Construimos una cabaña en lo

mas apartado del bosque enterrando nuestro tesoro al pie de un árbol despues de extraer mi hermano un poco de oro. Yo no podria enumeraros los cuidados que durante este largo viage se tomaba mi hermano por mi; cada dia me daba nuevas pruebas de su afecto jamás desmentido. Una vez bien instalados en nuestra improvisada choza marchó mi hermano á la ciudad á fin de comprar vestidos y provisiones; viamos como verdaderos hereges olvidados de las prácticas religiosas porque de nada servian para redimir nuestro pecado. Mi hermano habia marchado á la ciudad durante la noche. Al dia siguiente antes de amanecer sentí que me llamaban por el bosque, sali á su encuentro y apenas pude conocerle. Lo primero que fijó mi atencion fué descubrir en su frente la *atchadepotu* de Schiva. Es un signo que consiste en llevar trazada horizontalmente una linea roja y amarilla. La posicion diferente de la raya espresa la divinidad á quien mas particularmente se tributa culto ó devocion. Mi hermano traía grabados en los brazos y el pecho otros signos de color encarnado cuyo tinte estraemos de ciertos vegetales. Vestia el severo traje de un brahmin de segundo orden; traía afeitado el cabello excepto un pequeño rizo ó mechon que partia de la coronilla, y su espalda ostentaba el signo sagrado de la iniciacion que consiste en tres cordones de algodón; lle-



vaba sujeto al costado un jarrito de madera destinado á las abluciones, en la mano derecha un baston de *vilva* muy largo y en la izquierda un hacedillo de *kusa*, ó yerba sagrada.

El aspecto de mi hermano convertido en brahmin, me sobrecogió de susto y temor; mas observándolo él, me dijo con irónica sonrisa:

—Ya ves, Sacontala; mi poder es hoy igual al de un dios, y cien mil veces mayor que el de los brahmines, porque ellos han podido hacer de un chetri un paria, y yo de un miserable paria, he podido hacer mas que un chetri, mas que un rey; he hecho un brahmin.

En vano traté de hacer á mi hermano algunas observacio-

nes; el desgraciado habia desterrado de su corazon hasta el último vestigio de sentimiento religioso, procurando pretesto á su impiedad en una filosofia tan rara en la India como esparcida en Europa. Pero Brahma, decia, ha creado de una misma casta á todos los hombres sin concederles mas que un solo médio de distinguirse, el ejercicio mas ó menos severo de la virtud, de la justicia y de la caridad; si así procuro hacer bien en vez de mal ¿qué importa al Criador que vista trage de sudra ó de brahmin? ¿Ademas no será mejor que mi alma tras-migre al cuerpo de una vaca, que no al de un *rakchasa* sumido en el abismo del infierno?

—Si, pero....



Sacontala y Romasa.

—Atiende lo que prescriben las leyes de *Manu*: «El que sin derecho á las insignias de una gerarquía, gana su existencia usándolas, se carga con las faltas cometidas por los que realmente pueden llevarlas, y renace en el vientre de una bestia de orden medio;» por lo tanto, siempre gano algo en la metamorfosis de brahmin.

—Pero engañas á los hombres haciéndote pasar por lo que no eres.

—Si, pero engañándolos por tu felicidad, por la mia, y por hacer bien me perdonará Dios, porque no hago otra cosa que

TOMO VIII.

procurarme yo mismo la rehabilitacion que me niegan los hombres; en cuanto respecta á tu persona, eres aun demasiado joven, Sacontala, para tomar el trage de *dwidja*; sino fuera por eso....

—No, no, hermano mio, nunca renunciaré á la creencia de mis padres, aunque muera de miseria bajo la condicion triste de paria.

Desde este dia todas las mañanas iba mi hermano á la ciudad á recoger limosnas de las gentes piadosas, lo que me daba ratos desesperados de angustia, hasta por la tarde que



se restituía á mi lado: muchas veces supliqué acompañarle, por fin decidió consentir en ello, para lo cual me disfrazó con un vestido de sudra; yo le seguía á cierta distancia y fingía no conocerle á fin de evitar cualquier género de compromiso.

Una vez, grabada para siempre en mi memoria, estábamos en Patna, y mientras mi hermano entraba en una pagoda para impetrar limosna, le esperaba yo paseando á lo largo de una empalizada que servía de muro á un magnífico jardín que ostentaba en su medio una casa de buena apariencia. Mirando por entre los intersticios de los palos, descubrí una jóven tan hermosa como un asparago al nacer de las espumas del mar. Parecía como de nueve años de edad, su fisonomía expresiva y llena de encantos, era casi tan blanca como la de una europea; mantenía sus negros y abundantes cabellos perfumados con *rugan-gulap*, (aceite de rosa con aceite de coco) graciosamente recogidos y sujetos á la cabeza con una multitud de alfileres de oro; un juboncillo de raso y con manga recortada dibujaba su cintura dejando descubiertos los brazos; un manto de cachemira pendiente del talle, daba dos vueltas al rededor de su cuerpo, y se alzaba por su espalda cubriendo la cabeza una de las puntas que remataba descansando en su garganta y redondeados hombros; vestía además un ancho pantalon á la turca, de finísima muselina, y su garganta, manos, pies, brazos y hasta la nariz ostentaban una multitud de brazaletes y sortijas de oro, marfil y coral, que producían un ruido particular cuando andaba y que parecía le agradaba mucho.

No fui dueño de mi emoción al divisar tan seductora belleza, y aun se me escapó una exclamación que llegó á sus oídos, porque me miró, y se cubrieron sus mejillas de carmin; en seguida tomó el camino de la casa como es deber de toda jóven cuando se apercibe la observa un desconocido, y desapareció, no sin volver la cabeza dos ó tres veces.

Pregunté á un sudra que pasaba á mi lado, si sabía á quien pertenecía aquel jardín, y me informó era propiedad de uno de nuestros brahmines mas considerados por su piedad y saber, que tenía una hija única que se llamaba Romasa, y que para obtenerla por esposa era menester ser mas instruido en nuestros Vedas y Puranas (1) que Amarasina mismo. Todo esto era causa de no haberla concedido ya por esposa á algunos que la habían pretendido.

Tales noticias apesadumbraron mi corazón extraordinariamente, porque ni aun sin decaer de mi primitiva casta hubiera podido aspirar á la posesión de Romasa. Este día regresé á nuestra choza del bosque para permanecer en ella por espacio de algunos otros, sin valor ni resignación; mi buen hermano no reparaba en la tristeza que se había apoderado de mi ánimo, ó á lo menos la atribuía á otra causa. Pensando distraerme se empeñó en que le acompañara á la ciudad, sin advertir que así daba ocasión de aumentar y recrudecer mis penas; mientras mi hermano recorría las calles, pasaba yo horas enteras detrás de la empalizada del jardín de Romasa, embriagado en la contemplación de su belleza. La primera vez que volví á verla, no se retiró, sino que miró sonriendo; la segunda hizo que no me veía y se aproximó á la empalizada; la otra vez la saludé y me contestó; últimamente, en otra ocasión nos hablamos; su voz era tan dulce y armoniosa, como el canto del pájaro celeste *Garuda* cuando lleva á Visnu al cielo de las estrellas.

Hablamos con mucho espacio; no pude reprimir los sentimientos que me inspiraba, y le declaré mi cariño; por su parte correspondió á mi confesión con otra confesión semejante, y ambos nos dejamos llevar de la esperanza de ser uno para el otro. Cerca de Romasa olvidaba todas las penas que devoraban mi corazón, mas así que me apartaba de su lado, renacían los remordimientos, y me reconvenía la sacrilega supercheria que empleaba con aquella cándida criatura, ocultándola mi condición de paria. Afectos tan encontrados apuraron las fuerzas de mi mismo, y me hicieron caer gravemente enfermo.

Indrapramati no se apartó de mi lado prodigándome cuantos cuidados reclamaba mi situación, y como entrase en sospecha acerca de la causa de mis pesares, no cesó en sus instancias tiernas y persuasivas, hasta hacerse dueño de mi secreto.

Entonces me habló en estos términos: Sacontala, por tí únicamente, por tí me he decidido á robar su tesoro á nuestro padre; por tí persisto en la condición de paria y no me he hecho bautizar ó circuncidar á fin de avasallar nuestras castas insolentes; por tí me he rebajado hasta mendigar bajo un disfraz hipócrita!... por tí cometeré aun una horrible infracción de nuestras leyes; arrancaré á Romasa de los brazos de su imbécil padre para echarla en los tuyos; así pues, ánimo, hermano querido, recobra la salud y la alegría; Romasa será tuya.

—Hermano, tus palabras me curarían á no dudarlo si pudiera dárles crédito; ¿mas como pensar en la posibilidad de que llegue una brahmina á ser esposa de un paria?

—Nada hay mas sencillo. Romasa no es aun nubil aunque esté próxima á ello por su edad (1); yo iré á pedirla á su padre; sé muy bien qué tengo que hacer para obtenerla; una vez conseguida, mi matrimonio será ficticio y de consiguiente estéril, lo que despues de seis años me concede el derecho de repudiarla; entonces llevas á Romasa contigo.

Todo esto era difícil, pero lo que me parecía sobre todo imposible, es que consintiese Amarasina en conceder su hija á Indrapramati. Desde el día siguiente de esta conversacion, se preparó mi hermano á representar el papel de *vanaprasta*, especie de brahmin anacoreta que vive en los bosques, y habita en una choza ó en el agujero de una roca, pero que sin embargo no tiene nada de comun con un ignorante fakir. Se llama *vanaprasta*, cuando pertenece á una familia de primera clase. Mi hermano se dejó crecer la barba, el pelo, las uñas, trocó sus vestidos por otros mas toscos, y afectó las costumbres austeras y casi salvajes de los antiguos anacoretas. De este modo iba á la ciudad y se situaba en pleno sol delante de casa de Amarasina, sosteniendo con sus manos un casco de tiesto de barro para recibir las limosnas, y recitando sin cesar los pasajes mas místicos de nuestros libros sagrados; permanecía sobre las puntas de los pies por espacio de horas enteras, ejercicios que le grangearon en toda la ciudad gran reputación de santidad, mucho mas en aquella ocasión que apenas se hacia memoria de haber visto un *vanaprasta*. En esta parte de la India solo habian podido considerar desde mucho tiempo algunos fakirs, especie de mendigos fanáticos ó hipócritas que se entregan á austeridades horribles, á sacrificios cruentos; si, franguis, bien puede de-

(1) Libros santos.

(1) Las mugeres en la India son nubles entre diez y doce años y decrepitas á los veinte y cinco; generalmente las casan á los ocho.



cirse que si solo el martirio fuera la prueba de la verdad de un dogma, es menester venir á la India para encontrar la verdad religiosa.

Amarasina no salia nunca de casa sin dar limosna á mi hermano, que rehusaba el oro y la plata, virtud rarísima entre los brahmines; solo aceptaba en su cacharro alimentos que repartia entre los pobres despues de probarlos. Ultimamente sus austeridades y su conocimiento de los libros sagrados le valieron tan gran reputacion, que no le conocian sino por el *richi* (santo); á nadie ocurría asunto de importancia que no acudiese á él en consulta.

Un dia el devoto Amarasina se paró con mi hermano y le dijo:

—Santo hombre, tengo una hija de nueve años que deseo casar convenientemente; pero me encuentro indeciso respecto de sobre quien ha de recaer mi eleccion; ¿queriais darme vuestro parecer?

Mi hermano que contemplaba el cielo se dignó bajar los ojos sobre el brahmin, y despues de un momento de silencio y de meditacion le dijo:

—Leed los Vedas, los Puranas y demas libros santos.

—Yo los leo constantemente, y sin embargo no he podido resolverme.

—Oid lo que dice el *Manava—Dharma—Sastra*: «Cuando un padre despues de dar á su hija un vestido y adornos la concede á un richi versado en la santa escritura, y virtuoso; á quien él mismo ha convidado y recibido con honor, este matrimonio legal, es el llamado propiamente de *Brahma*.» (1)

—Sin duda, santo hombre, yo desearia conceder mi hija á un richi; pero el caso es que me la ha pedido un poderoso rajah.

—Oid lo que dice el *Ramayana* (2): «Kusanabha, rey de Hanudje, tenia cien hijas hermosas de quienes estaba enamorado el dios *Vayu*. El padre se las habia concedido porque *Vayu* era poderoso, pero las santas hijas no aceptaron; entonces el mal dios para vengarse las convirtió en cojas y contrahechas. El rey Kusanabha conoció su falta y fué al bosque á buscar al santo *Brahmadata*, le dió sus cien hijas, y el dia de su boda desaparecieron sus defectos brillando tan hermosas como antes.

—Yo quiero mucho á mi hija, y segun mi corazon no podré nunca otorgar un don mas precioso.

—Oid lo que dicen las leyes del divino *Manu*: «Un don otorgado á un hombre que no es brahmin no es sino de un mérito ordinario; es de dos veces tanto si se ofrece á un verdadero brahmin, y cien mil veces mas si se dirige á un brahmin de profundos conocimientos en el estudio de los Vedas.

—¡Oh santo hombre! si yo os ofreciese mi hija ¿qué sucederia?

—Escuchad lo que dice el *Manava—Dharma—Sastra*: «El hijo nacido de una muger casada segun el modo legal, llamado de *Brahma*, cuando se entrega á la práctica de obras piadosas, libra de pecado á diez de sus antecesores y diez de sus descendientes ademas de si mismo.»

Amarasina se sintió tan dominado de la santidad y ciencia divina de mi hermano, que le rogó entrase en su casa y aceptara su albergue por un dia y una noche, lo que con-

siguió despues de muchas súplicas. Ignoro lo que hablaria con el viejo brahmin, pero es cierto que cuando salió de la casa ya era el prometido de Romasa, y habian bebido juntos el *panciagaba* en señal de alianza.

Algunos dias despues se verificó la ceremonia del matrimonio no sin tener que zanjar dificultades, porque *Indrapramati* no podia presentar pariente alguno. A fuerza de oro y ruegos, consiguió ganar á un viejo brahmin establecido en Patna que consintió pasar por su *guru*, es decir, por su padre espiritual, su maestro, el que le habia iniciado en las escrituras é investido del cordon sagrado de los tres hilos de algodón. El *guru* puede reemplazar al padre natural y hasta toda la familia de su protegido.

Mi hermano acompañado de su *guru* y de una muger casada fué á casa de Amarasina sin encontraren el camino la mas leve señal de mal agüero, lo cual les hubiera obligado á diferir para otro dia su comision; despues ya se practicaron las ceremonias poco mas ó menos como en cualquiera otro matrimonio.

—Hace muy poco que he llegado de Europa, dije al paria, y no he tenido aun ocasion de presenciar esa ceremonia.

—Referiré brevemente la costumbre en casos semejantes.

Despues de la primera visita de que acabo de hablar, el padre de la novia hace con grande aparato entrega al novio de los regalos de boda, y éste entrega á su futura el *pariecuré* ó faja que ciñe el dia de boda, el cual no usa despues jamás.

Delante de un betel, el dia de la ceremonia, tributan los brahmines ofrendas de cocos, bananas, etc., y despues acompañados de los parientes y amigos pasean por las calles de la ciudad á los novios, vestidos con sus mas ricas galas, cada uno en su palanquin particular y al son de músicos y danzantes.

Los músicos y los danzantes pertenecen á una de las clases mas inferiores de la sociedad; los instrumentos que usan para estas ceremonias son el *tal*, el *gran tal*, y el *matalan*. El *tal* es como los platillos de nuestras bandas de música; el *gran tal*, es como nuestros cimbalos, y el *matalan* es una especie de tambor que se toca con las dos manos por ambos lados.

Algunas veces combinan con estos ruidosos instrumentos los sonidos de otros mas dulces; tales son el *turti*, especie de gaita parecida á la de nuestros montañeses; el *vina*, cuyas cuerdas se tocan como las de una guitarra; el *gasarana*, especie de clarinete.

Los dias en que se practican estas ostentosas procesiones se pasan en fuegos artificiales, iluminaciones y juegos; y todos ellos por la mañana y noche frotan á los novios con *naleng*, grano verde de una planta consagrada al matrimonio.

Quando llega el dia designado para la celebracion del matrimonio, se sientan los novios sobre una alfombra uno al lado de otro, y los brahmines sobre un estrado, teniendo delante vasijas de barro con agua, siendo las mas grandes las que tienen los novios. Los sacerdotes invocan á los dioses; encienden el *oman*, ó fuego de los sacrificios, para el cual se emplean diversas maderas sagradas; el marido hace juramento á los brahmines de cuidar de su casa; y en seguida el padre de la novia efectua el *panigraha*, que es una parte esencial de la ceremonia. Coge las manos de su hija, las pone en las del novio, y dice delante de todos las siguientes pa-

(1) *Leyes de Manu*, liv. III, sl. XXVII.

(2) *Ramayana*, liv. I chap. XXXIV.



labras que le dicta un brahmin, tomando por testigo á Agni, dios del fuego: *Yo tal, hijo de tal, nieto de tal, entrego mi hija tal, á vos tal, hijo de tal, nieto de tal; practicando ambos los deberes prescritos.*

Bien podeis concebir que sin auxilio de su guru no hubiera conseguido mi hermano hacerse con una genealogia brahminica.

Pronunciadas estas palabras, parte el brahmin un coco

en dos pedazos; bendice el *tali* que hace tocar á todos los asistentes, y le entrega al marido para que lo suspenda con una cinta de la garganta de su esposa. El *tali* es una figurita de oro que gastan las mugeres como simbolo de enlace. Ultimamente, recitando algunas oraciones, coge azafran y arroz crudo, y arroja un puñado sobre la espalda del marido y la muger; todos los concurrentes hacen lo mismo, con lo que queda terminado el acto.

(La continuacion en el número inmediato.)



Músicos.

## TOBIAS EL MERCADER.

(Novela.)

### I

Era una mañana del mes de julio de 1824. Acababan de dar las once en el reloj de la torre de la iglesia de Elizondo, hora en que el sol desplegaba toda la riqueza de sus rayos sobre la alameda que baña el Baztan, en aquel tiempo poco frondosa aun para ofrecer sombra á la muchedumbre de curiosos que allí se congregaba. A pesar de todo, su número crecía á cada momento, pues además de los vecinos del pueblo, se acumulaban en esta ocasion los aldeanos y trantantes, que de mas veinte leguas de distancia acudían atraídos por la novedad de la feria. Esta circunstancia daba margen á poder considerar reunidos los tipos mas variados de las comarcas y valles pirenaicos. El cazador de las selvas y el contrabandista, contrastaban por sus facciones vigorosamente pronunciadas, su carácter tosco y su ademán arrogante, con el pastor de los valles de cara afable y risueña y de maneras dulces y sosegadas; el vasco francés con sus movimientos arrebatados y su elegante y estudiado traje, y el aldeano de la llanura del Bearnais, con su vestido pardo de lana y su ancho sombrero, paseaban entre nuestros honrados navarros y francos aragoneses, que con sus aplastadas boinas y sus pintados pañuelos á la cabeza, les dirigian con su

dignidad acostumbrada, miradas indiferentes. Respecto á las mugeres, las navarras y vascas como las de todas partes, fieles á la costumbre de adornarse en las ocasiones solemnes, ostentaban en este dia sus galas mas favoritas.

Entre esta variada multitud, se distinguía un grupo de montañeses que conversaban vivamente en vascuence, del cual vamos á traducir en castellano lo que cumple al asunto de nuestra relacion.

—¿Cuántos batallones hay alojados en el pueblo? preguntaba uno.

—Dos, contestó otro.

—Vaya en gracia, replicó un tercero, por fortuna no pasará mucho sin que nos hayan dejado en paz; segun creo deben marchar despues de pasar revista.

—Si, y por cierto que se me hace tarde, no se podia dar un paso sin tropezar con un morrion de cordones, y un uniforme de esos.....

—A propósito de uniformes ahí vá uno que no se mostrará enojado por la marcha de los franceses; dijo otro señalando á un militar español que entraba en una casa de buena apariencia situada en la alameda.

—¡Ah! si, el capitán don Cesar; exclamó el primero que comenzó esta conversacion; el valiente de los valientes.

—Como su novia es la hermosa de las hermosas, añadió un navarro.

—¿Se casa con la señorita Laura de Arzueta?

—Con la misma, la hermana de Mauricio, de quien fué ama de leche mi prima Ignacia.



—Es verdad; puest también Mauricio se vá haciendo granadito; pronto debe cumplir veinte y dos años.

—Y sin embargo no aparenta mas de diez y seis; su constitucion es débil y su carácter apático; no obstante que afortunadamente para él es muy rico su padre.

—A saber, no falta quien diga que el señor de Arzueta ha comprometido el porvenir de sus hijos con su propia fortuna en empresas peligrosas.

—Como quiera que sea, es lo cierto que el señor Mendoza, ó el capitán don Cesar, que es lo mismo, se casa el mes que viene con la señorita Laura, porque solo aguardan la vuelta de su hermano Mauricio para fijar el día de la boda.

—¿Quién te ha enterado tan minuciosamente?

—El mercader Tobias de paso que fui á su casa á comprar una escopeta, y acaso me hubiera dicho algo mas sino viniera á interrumpirnos una señorita jóven acompañada de otra señora ya entrada en años que llegó al almacén mientras estábamos hablando. Tobias debió pensar por su ademán recatado que tal vez la presencia de una persona extraña la impediría explicarse, porque la hizo entrar en la trastienda á donde la acompañó.

Las últimas palabras que pronunció el montañés fueron ahogadas por el estruendo de una música militar que rompió á tocar en este momento, y á cuyo compás marchaban dos mil granaderos franceses que venían para formar en gran parada. Este espectáculo anunciado desde la víspera había atraído á aquel sitio gran afluencia de curiosos, de que estaban también cuajadas las ventanas de las casas que daban vista á aquel sitio.

Un solo balcón permanecía cerrado, el del cuarto principal de la casa de Arzueta; sin embargo en el momento de pasar el jefe francés que debía revistar las tropas, abrieron una hoja de las vidrieras y apareció una lindísima jóven como de diez y ocho años, que después de dirigir una mirada exploradora se dispónia á entrar de nuevo en la habitación, á tiempo que se interpuso un jóven que llevaba atada á un botón del frac la cinta de la orden de San Fernando, y dijo:

—Si desea vd. ver maniobrar esos batallones, yo acompañaré á vd. al balcón, siquiera porque no sea vd. blanco de las miradas de todos.

—Gracias, Mendoza, aprecio mucho el ofrecimiento, pero no seré yo ciertamente quien abuse de él, contestó Laura sonriendo.

La jóven no ignoraba que los uniformes franceses eran poco simpáticos al capitán. La ocupación del país por tropas de intervención extraña, ajaba hasta cierto punto el amor propio del valiente oficial, que había comenzado su carrera á los diez y seis años combatiendo á los franceses en el último periodo de la guerra de la independencia.

—Sin embargo, insistió el capitán, quédese vd; estaba vd. asomada....

—Por ver si descubría á Mauricio que debía llegar por la mañana temprano y ya tarda.

—Tu hermano está á tu lado, replicó una voz cuyo timbre aunque jóven, carecía de sonoridad.

Laura volvió vivamente la cabeza y echó á correr á abrazar á su hermano diciendo:

—Hermano, ¡gracias á Dios que te veo! ¿por dónde has entrado? preguntó en seguida.

—Por el postigo del jardín, dijo el señor de Arzueta que había tropezado con su hijo en la escalera y á quien había acompañado á la sala.

—Si, por no cruzar entre el gentío que invade la alameda, añadió Mauricio.

Diciendo esto se dirigió á su futuro cuñado, al cual dió un sincero apretón de manos. En tanto que los dos jóvenes cambiaban algunas preguntas, fijaba Laura en su hermano una mirada escrutadora y de inquieta solicitud. Al jóven Mauricio le habían prescrito los médicos mudase de aires, pensando sería favorable á su salud una medida de esta naturaleza; en su virtud regresaba ahora después de un año que había vivido en Barcelona; pero á despecho de los amigos que le prodigaron los mas incesantes cuidados, no volvía ni mas restablecido ni mas alegre que antes de su partida de Elizondo. Sus ojos de azul pálido ofrecían la misma mirada insignificante, su boca la misma espresion de aburrimiento, y sus ademanes la misma indolencia de siempre... Toda su persona presentaba un carácter de enfermedad languidez que agobiaba su juventud bajo el peso de una melancolía invencible.

—Hermano, observó Laura después de repararle detenidamente ¿estás muy cansado, verdad?

—No, replicó el jóven dejándose caer en la silla que le ofreció Laura; un poco agitado solamente por la dicha de verme entre vosotros, y también por el susto que acabo de pasar viendo resbalar y caer á una jóven en medio de la plaza, á tiempo que atravesaban por ella tres dragones á galope en sus caballos.

—Jesus, ¡Dios mio! exclamó Laura.

—Tranquilízate, que no la ha sucedido nada.

Mauricio no añadió: «yo la he salvado.» pero murmuró recostándose en un sillón como desmayado, y cerrando los ojos como quien no quiere distraerse de la contemplación interior de una imagen agradable:

—¡Qué hermosa es!

Una sonrisa entreabrió sus labios al proferir esta frase, sonrisa en que no reparó Laura, y frase que no llegó á sus oídos.

El capitán don Cesar ahogando pasageramente su patriótica susceptibilidad á impulsos de una vanidad disculpable, enlazó del brazo á su linda prometida para llevarla al balcón debajo del cual desfilaban los batallones franceses.

—¿Cuánto me envidian! decía mentalmente el capitán al observar como los oficiales miraban á Laura al pasar.

Ningún vecino del pueblo ni de los caseríos y pueblecitos de la comarca, ignoraban estuviere convenida la boda de Laura con Mendoza.

El señor de Arzueta no reparó la repentina y fugitiva animación de su hijo. Observando á aquel con atención, no era difícil descubrir que su ánimo estaba preocupado; su frente habitualmente ceñuda, á la cual la llegada de Mauricio había erguido algún tanto, volvió á contraerse de nuevo, y sus miradas después de vagar indiferentemente al rededor de la sala, se fijaron en la muestra del reloj. Padre é hijo permanecieron de esta suerte algunos instantes, hasta que vinieron á sacarles de sus respectivas cavilaciones Laura y el capitán que entraban del balcón.

—Hijos míos, dijo el señor Arzueta, tengo que abandonaros para ir á una cita de negocios.

Don Cesar que también tenía que ver el correo, se retiró acompañando al papa de Laura y Mauricio.

Cuando quedaron solos los dos hermanos, dijo Mauricio con tono reflexivo: este matrimonio te hace feliz. ¿no es ver-



dad, Laura? y como si no se dirigiese á ella, continuó:

—La union recíproca de dos seres que se aman, sancionada por las leyes divinas y humanas, ¿no es en efecto el apogeo de la felicidad á que se puede aspirar en la tierra?

—Ya llegará un día, hermano, en que participes tambien de ella, observó Laura.

Un instinto de incredulidad hizo que á esta frase entornara Mauricio los ojos y dilatara sus cejas.

—La naturaleza no me ha halagado bastante, replicó echando una ojeada á un espejo inmediato, para cautivar á una muger.

—No es la belleza, Mauricio, son las cualidades morales las que ganan y prenden los corazones.

A este tiempo sintieron rumor de pasos en la antesala; una criada abrió la puerta y preguntó á su señorita si franqueaba la entrada á Tobías el mercader.

## II

### LA CRUZ DE RUBIES.

Después de la afirmativa respuesta de Laura, apareció á la puerta de la estancia un anciano de poca estatura, de arrugado cutis, nariz un poco encorvada, entrecejo poblado y canoso, y ojos aunque pequeños, negros y de un brillo que dejaban adivinar su origen judío; detrás seguía despacio y agachado un perrazo de lanas largas y erizadas, cola enroscada y orejas erguidas y puntiagudas.

—¿Sultan; qué vienes á hacer aquí? marcha, dijo Tobías dirigiéndose á espantarlo de la sala después de dejar sobre una mesa un balijita que traía debajo del brazo.

Tobías por su cualidad de hebreo, y de hebreo mercader, compraba y vendía no solamente cuadros, muebles góticos, armaduras viejas y toda suerte de antiguallas, sino encages, blondas, alhajas y todo género de adornos de lujo, de mérito y valor ya por la distancia del país ó del tiempo en que se fabricaron.

—Deje vd. el perro, no le eche vd., dijo Mauricio compadecido de ver como se retiraba Sultan humilde y resignadamente.

—Vaya, quédate, puesto que te consienten; dijo Tobías á su perro, que meneando la cola fué á echarse en un rincón inmediato á Mauricio.

Este sacó del bolsillo del pecho una cartera de baqueta de Moscovia, la cual contenía dos lapiceros y papel de china; tomó un lapicero y se puso á dibujar. Entretanto Laura examinaba con curiosidad el contenido de la balija de Tobías. Poco á poco fué sacando todo lo que veía y no tardó en cubrir los tableros del velador y una mesa de mil juguetes y diges preciosos; pulseras de filigrana, pomitos de esencias, tarjeteros de oro cincelado, cajitas de marfil incrustadas de nácar y cornelina.

—No podía vd. llegar mas á propósito porque tenía que ir á su almacén de vd. uno de estos días á hacer algunas compras.

—A no ser en el espacio de pocos días tal vez la encontraría vd. cerrada.

—Pues qué ¿se retira vd. del comercio?

—¿Si señora, ya es tiempo, al cabo de cincuenta años que trabajo.

—¿V. que, va vd. á abandonar el pueblo tambien?

—Si señora, pero por poco tiempo; pienso ir á Burdeos donde tengo establecida una hija.... pero volveré.

—¿Cuándo?



—Precisamente no puedo afirmarlo, pero creo que será dentro de un año ó de dos, según... ó mas.... ¡Qué! sonrie vd., hermosa señorita... Sin duda me encuentra vd. con demasiados años para echar cuentas con el porvenir.

—No tal, Tobías, interpreta vd. mal mi pensamiento.

—Pues en ese caso dispénseme vd.; es tan natural en los jóvenes compadecer los proyectos de la senectud. A los veinte años se siente tan henchido el corazón de felicidad y de orgullo.

—A los veinte años, interrumpió Mauricio, es la vida para algunos hombres de un peso tan intolerable!

—¡Hermano! exclamó Laura en tono de cariñosa reconvencción.

—Este joven padece mucho, murmuró Tobías, ó á lo menos se aburre.

—Padezco mucho, y me fastidio y me aburro mas.

—Los pocos quehaceres y la inactividad agravan los males morales y físicos, observó el anciano.

—Creo que tiene vd. razón, replicó Mauricio sin interrumpir su tarea de dibujo.

Tobías se acercó á él y dijo con tono de sorpresa y satisfacción:—Está vd. retratando á Sultan ¡muy bien! ¡magnífico! promete vd. ser un excelente paisista; hay mucha firmeza en el lapicero; un golpe de vista excelente.

No desagrado á Mauricio este elogio. Tobías pasaba por inteligente en pintura y dibujo.

—¡Oh! señor Tobías, ¡qué joya tan linda! dijo en este momento Laura, contemplando una cruz y un corazón de oro guarnecidos de magníficos rubies que había dentro de una cajita entre algodones.

—La traía con ánimo de enseñarla al capitán don Cesar; dijo con intención el viejo comerciante.





—¿Cuánto vale? preguntó Mauricio.

—Cien doblones.

—Me parece demasiado por una alhaja que habrá vd. con prado de lance, tal vez por muy poco, observó Laura.

—Esa cruz no es mía, señorita, me han encargado venderla y nada más.

—¿Tal vez alguna persona del país?

El hebreo no entendió la pregunta ó fingió no entenderla, ocupado en recoger y guardar todo lo que Laura no había separado.

—¿Quién sabe! pensaba Mauricio, la persona á quien pertenece esa cruz es tal vez una muger rica en otro tiempo y pobre ahora. Tobias, esa joya no la enseñará vd. al capitán, quiero yo comprarla y regalársela á mi hermana,

—Es una locura, exclamó Laura.

—No tal, mis ahorros de fondos imprevistos bastan para ella, respondió Mauricio, espere vd. un momento Tobias; y salió de la sala.

Un minuto despues volvió á entrar con un bolsillo de torzal entre cuyas menudas mallas se veían brillar bastantes monedas de oro.

—Tengo mucha confianza de vuestra probidad para esperar que si al valor de la cruz añado el de la comision....

—No la deduciré del importe de la joya, interrumpió Tobias: acabando la frase. No tal, vd. espera muy bien, y en prueba de ello que tampoco quiero su oro de vd., solo quiero por la comision el dibujo que estaba vd. haciendo.

—¿Cómo! ¿se cree vd. bastante recompensado con una hoja de papel de china? exclamó Laura sonriendo.

—Si, señora, esa hoja de papel retrata mi amigo mas fiel; replicó Tobias; ademas, en su género es una obra maestra á la cual no falta mas requisito que la firma de su autor, señor Mauricio.

—Eso es bueno lo haga un artista, pero yo.... estoy muy distante de serlo, observó el jóven.

—No importa, ¿quién sabe si lo será vd. algun dia?

Mauricio hizo un ademán de incredulidad: sin embargo, trazó con el lapicero su nombre al pie del retrato de Sultan y lo dió á Tobias, éste lo guardó cuidadosamente en una cartera vieja de badana, recogió el dinero de la cruz y su pequeña balija y se despidió retirándose seguido de su fiel amigo Sultan. Casi al mismo tiempo entró en la sala el papá de los dos jóvenes y se dejó caer sobre un sofá con cierto aire de postulación.

Laura y Mauricio preguntaron á un tiempo:

—¿Qué tiene vd., papá?

—Mucho disgusto ó inquietud, replicó el señor de Arzueta. Acabo de recibir cartas de Madrid, en que me anuncian malas nuevas de un negocio que creía consumado y que acaba de desgraciarse..... Y esto cuando me encuentro poco sobrado de fondos á causa de las malhadadas especulaciones en que me metió ese empresario de casas que ha emigrado á América dejándome toda la responsabilidad de sus desastrosos proyectos.—¿Qué es eso que hay en el velador? añadió el señor de Arzueta interrumpiéndose vivamente.

—Es un regalo que me ha hecho Mauricio; respondió Laura tomando la cajita que contenía la cruz de rubies y presentándosela á su padre.

Este examinó con detenimiento la cruz; en seguida en vez de informarse del precio en que Mauricio la había comprado, preguntó quien la había vendido.

—El hebreo Tobias que tenía encargo de enagenarla, dijo Laura.

—Tobias, ¿y de quién la ha adquirido?

—No sabemos; se conoce que la persona que se ha visto en la triste necesidad de deshacerse de ella le habrá encargado guarde el secreto.

—¡Ah! exclamó Arzueta con tono reflexivo.

—Este corazón debe abrirse, dijo Mauricio tomando la cruz y examinando un resorte apenas perceptible por medio del cual permitía ver su interior. Laura, añadió, mira, hay grabadas dos letras, A. S.

Ni Laura ni Mauricio entretenidos con la inspección de las iniciales, repararon la palidez de que se cubrió el rostro de su padre, el que por su parte se levantó bruscamente del sofá y comenzó á pasear á lo largo de la sala, sin duda con objeto de que no echaran de ver sus hijos la turbación que le aquejaba. A este tiempo llegó Mendoza que también traía semblante de mal humor; no había recibido la licencia real y demás papeles necesarios para efectuar su enlace, y si en su lugar noticias que le convencían debía pasar en persona á su país á activar las diligencias y recoger los documentos que le faltaban. Al día siguiente pensaba emprender el viaje, y Laura y Mauricio resolvieron pasar el tiempo de la ausencia de capitán en un lindo caserío que su nodriza Ignacia y su marido poseían en arrendamiento en el pintoresco puerto de Vera á pocas leguas de Elizondo.

### III.

#### SULTAN.

Las cercanías de Vera son encantadoras; el Vidasoa con sus barcas de pescadores y su barca de tránsito de Endarlaza; su hermosa vegetación resguardada en los amenos valles por las crestas de los puertos, los mil caseríos que se encuentran á cada paso y entre cada quebradura de las rocas, hacen de aquel suelo un país de delicias y de esmerado estudio para los que han recorrido nuestras fronteras del Norte. Los atractivos de esta naturaleza á la vez imponente y risueña no ofrecían para Laura y Mauricio, familiarizados con sus pintorescos accidentes, el mismo interés que para el que visita aquellos sitios por primera vez; sin embargo de que no por eso recorrian con menos placer las reducidas ensenadas del río y las empinadas cuestas de aquellos cerros que dan origen á multitud de arroyuelos que van á espirar al Vidasoa ó á reunirse con otros y formar un caudal considerable en dirección contraria.

Una tarde estaban sentados los dos hermanos en lo alto de un cerro no distante del caserío, puesto que se descubría este y á la casera que sentada á la puerta se ocupaba de hilar á compás de sus vascongadas cantinelas: la planicie en que estaba situada la casita daba por un lado á un barranco cuyo ahondado centro haciéndose cada vez más escarpado y profundo adquiría un verdadero carácter de precipicio. El susurro de un arroyo y el campanileo de los cercenros de los moruecos de los ganados, eran los únicos ruidos que mas cerca ó mas apartados turbaban la silenciosa distracción de los huéspedes del caserío, que con la mirada fija en los picos de los montes alumbrados por los últimos destellos del crepúsculo, respiraban las embalsamadas emanaciones de las plantas aromáticas tan abundantes en aquellas regiones.



De improviso interrumpió aquel silencio el ladrido de un perro, que parecía oírse del lado del barranco, y en seguida una voz que exclamó:

—Silencio.

El animal calló; y casi al mismo tiempo se oyó un tiro. Siguió á la denotacion un quejido; despues algunas contestaciones de voz humana y luego volvió á quedar todo en silencio.

Mauricio alarmado se dirigió hácia un sitio que dominaba perpendicularmente el fondo del barranco, pero la oscuridad de la noche no le permitió descubrir lo que pasaba en el fondo; solamente sintió murmurar con tono lastimero:

—¡Pobre Sultan!

—¡Tobías! gritó el jóven.

—El mismo soy; el mismo que por su mala estrella ha visto caer herido á su fiel compañero por un torpe cazador matutero que tiraba á una gallina ciega.

Tal fué la respuesta dada á su pregunta ó mas bien exclamacion, en tanto que poco á poco divisaba al hebreo que escalaba intrépidamente por los picos de las paredes del derumbadero y que por fin llegó á sitio en que Mauricio pudo alargar la mano para ayudarle. El anciano estaba muy fatigado por la ascension y por el peso de su perro que conducía al hombro, ensangrentado y al parecer muerto.

—¡Pobre Sultan! exclamó lleno de sentimiento y depositándole sobre la yerba á los pies de Mauricio.

—¡Pobrecillo! ¡está muerto! observó el jóven.

Tobías sin hablar palabra sacó del pecho un estuche y de él un frasco cuyo contenido derramó en la boca del animal que se reanimó repentinamente.

—¡Le ha resucitado vd! ¡es milagroso! exclamó Mauricio.

—No tanto; sin embargo, durante los sesenta y seis años de mi vida, he practicado bastantes curas parecidas á la que vd. acaba de presenciar, lo mismo en hombres que en animales, y por cierto que el agradecimiento de los primeros me ha sido generalmente menos sincero y duradero que el de los últimos.

—¡Oh! replicó Mauricio, sin parar mientes en la misantrópica observacion del viejo mercader; ¡cuánto me alegrara poseer su ciencia de vd!

—Si, para haber hecho de ella aplicacion el otro dia cuando recogió vd. aquella desmayada que depositó en brazos de su aya, y que á decir verdad, gracias á su oportuno socorro, no fué victima de los caballos de esos aturdidos franceses.

Por efecto de la claridad de la luna que destacaba su disco argentado del azulado fondo del firmamento, pudo observar Tobías como se colorearon las mejillas de Mauricio habitualmente pálidas.

—¡Cómo ha sabido vd!.... murmuró éste.

—Que pasaba por el otro extremo de la plaza á tiempo del suceso esplicó el anciano.

—¿La conoce vd?

—No la he visto mas que una vez, replicó evasivamente.

A este tiempo llegaron Laura é Ignacia donde estaban los dos interlocutores.

—¿Dónde va vd. por aquí á estas horas? preguntó Laura.

—Voy de viage.

—¡Cómo! ¿á Burdeos tal vez, y á pie?

—A pie; yo no viajo de otro modo.

—Entonces no podrá vd. llevar el perro; le dejará con nosotros añadió Laura enterada ya de lo sucedido.

—Sultan quedaria asi en buenas manos..... pero tengo miedo que me olvide.

—Los perros de esta raza no olvidan jamás á sus protectores, observó la jóven.

—Yo los he visto, añadió Ignacia, que gracias á su olfato, han reconocido á su amo de un cuarto de legua de distancia, y que han salido corriendo á su encuentro.

—Pues bien, dijo Tobías reprimiendo un suspiro; á vd. confio mi Sultan, señor Mauricio. En seguida hizo un ademán que demostraba su intencion de alejarse.

—¡Qué! exclamaron á la vez Laura y Mauricio, ¿va vd. á continuar su viage?

—Seguramente; el tiempo está hermosísimo y me gusta andar de noche.

—El pobre Tobías, dijo la casera cuando estuvo el hebreo fuera del alcance de su voz, es un *pozo de ciencia*; he oido decir que posee recetas ignoradas hasta de los doctores mas hábiles y que elabora medicamentos que hacen curas maravillosas.

—¿De veras? exclamó Laura.

—De veras, señorita, y aun ha curado mas de un enfermo pobre gratuitamente; si tal, aunque dicen que desciende de una familia judia no por eso deja de ser un buen cristiano.

Hablando de esta suerte se encaminaban Laura y la casera hácia la casa. Mauricio quedó algunos instantes al lado de Sultan espiondo los progresos de su curacion, hasta que vino una criada que lo llevó en brazos. Entonces comenzó á pasear lentamente por entre los castaños que circundaban el caserio; las facciones de la bella desconocida á quien habia salvado la vida se bosquejaron en su imaginacion con mas firmeza que nunca; se le representaba como si la viera delante de sí, con su frente de marfil y sus grandes párpados caidos, con sus largas pestañas sombreando las descoloridas mejillas, y su negra cabellera inundando su garganta cuando por efecto de la violencia del golpe se habian destrenzado sus cabellos. Mauricio prolongó su solitario paseo hasta una hora bastante avanzada de la noche, y aun despues cuando entró en su cuarto aun permaneció largo rato asomado á la ventana,

#### IV.

##### UN ACONTECIMIENTO TRISTE.

El alba blanqueaba las cimas de los elevados y copudos árboles que ocultaban á las miradas de Mauricio los caserios inmediatos, cuando rendido de sus fatigosas meditaciones se echó sobre la cama sin desnudarse. Media hora escasa pasaria despues de cobrar el sueño, cuando entró á despertarle imprevistamente el marido de Ignacia.

Mauricio experimentó un vago presentimiento de malas nuevas al reparar que la fisonomia del casero, ordinariamente serena, parecia bajo la influencia de una tristeza profunda.

—¿Qué ocurre? preguntó precipitadamente.

Por toda contestacion le presentó una carta cerrada cuyo sobre contenia estas únicas palabras: *A mi hijo, y para él solo.*

Este sobrescrito subrayado y trazado evidentemente con mano incierta, indicaba un contenido importante, tal vez un secreto ó quizas una noticia aflictiva. Los primeros renglones que devoró con la vista su curiosidad y sobresalto, tornaron en realidad sus vagos presentimientos.



Pocas horas despues estaban de regreso en su casa los hijos del señor de Arzueta. Este visitando la construccion de una iglesia en cuya empresa habia comprometido una gran parte de su caudal, fué acometido de un mareo á la sazón de hallarse en la cornisa, y vino al suelo sufriendo un golpe mortal.

—Hijo mio, murmuró con voz apagada dirigiéndose á Mauricio que se arrodilló á su cabecera con su hermana, ¿te has enterado atentamente de mi carta?

—Sí, señor, padre, replicó el jóven; sus voluntades de vd. se cumplirán.

—¡Bien, hijo mio! en este momento supremo, semejante romesa es para mí un gran consuelo.

El señor de Arzueta tendió sus manos sobre las cabezas de sus hijos que recibieron llorando esta última bendicion paternal.

Los negocios del señor de Arzueta, con grande admiracion de las gentes del pais no presentaron el quebranto que se suponía. Su herencia ascendió á setenta mil pesos fuertes que repartieron entre sí Laura y Mauricio. A la terminacion de los lutos se separaron los dos hermanos. Mauricio redujo á efectivo cuanto le pertenecía y lo guardó en letras sobre Italia, á lo menos así lo proclamaba, á donde habia decidido marchar tan pronto como se efectuó el enlace de su hermana con Mendoza. Estos esposos quedaron establecidos en el pais.

Tobias habia regresado de Francia y adquirido una lindisima propiedad inmediata al caserio de Ignacia. Mauricio de paso que fué á despedirse de su nodriza hizo una visita al retirado comerciante en pago de la que habia tenido la atencion de hacerle éste de vuelta de su expedicion.



Sultan habia vuelto al servicio de su antiguo dueño, el que observó con cierto sentimiento de celos el profundo cariño que habia tomado á Mauricio. Tobias á causa del afecto que profesaba á su perro y la alta opinion que tenia formada del talento artistico de Mauricio, habia mandado hacer un elegante marco que encerraba el retrato de Sultan colocado en la sala de su casa entre otros cuadros de distinto género. Al reparar Mauricio en su dibujo dijo sonriendo:

TOMO VIII.

—Hoy dibujo un poco mas que esto.

—¡Hola! exclamó el hebreo.

—Durante su ausencia de vd. me he dedicado con asiduidad á cultivar un arte en el que me ha pronosticado vd. fortuna.

—¿Y ahora trata vd. de perfeccionarse viajando?

—Sí.

—¿Y cuándo piensa vd. dar la vuelta?

—No lo sé precisamente; pero si desde luego prometo á vd. que la primera visita á mi regreso será á mi hermana y la segunda á vd.

Tal fué la despedida de Tobias y Mauricio.

## LA ESMERALDA DE GENOVA.

TRADICION DEL SIGLO XII.

El verano de 1146, fué riguroso en el Mediodía de la Europa, y la peste llamada de Levante, diezmo el vecindario del entonces condado de Barcelona, mientras que la guerra y el hambre secundaban al azote universal, que es sin duda el tipo mas perfecto de la igualdad. El vulgo de aquella época no veía otra causa en sus sufrimientos sino la mano de Dios, y humillaba su ignorancia ante lo incomprendible. Don Ramon Berenguer, ayudado por los genoveses sitiaba á Tortosa, y la raza árabe cedía á las cruzadas sus conquistas en España y en la Palestina.

La oscuridad histórica en que ha quedado aquel siglo ha dado lugar á tradiciones un tanto pueriles; empero el fondo de los romances que nos ha trasmitido el charlatanismo, es una verdad. La generacion actual busca en cada rincon del globo terráqueo un geroglífico que le revele lo pasado, y el estudio de los monumentos runico-artisticos aclara mas y mas los misterios fundamentales de la Biblia. Esos magníficos relieves que reproduce la mano del hombre y multiplica hasta lo infinito, nos permite pasar de un hemisferio á otro, de una á otra edad; en una palabra convierte al curioso en un ser cosmopolita sin pasado, ni presente.

Mientras proseguian los trabajos del cerco de Tortosa, las huestes cristianas que operaban en la orilla izquierda del Ebro iban reduciendo varios pequeños castillos, que los musulmanes habian construido en los puntos culminantes de la sierra de Prades, á la obediencia de la cruz; aquellos fuertes se comunicaban sus avisos por medio de hogueras, cuyos fuegos solo comprendian los moros: eran verdaderos telégrafos. El conde-rey confiaba á sus lugar-tenientes los asedios de los referidos castillejos, entre los cuales solo los de Al-boli y Al-biol presentaron seria resistencia; empero los fieles encontraron tan obstinada la defensa del de Al-barca, que don Ramon Berenguer resolvió pasar personalmente al teatro de la lucha para no perder un tiempo precioso que necesitaba emplear en empresas de mas importancia.

La poblacion africana ocupaba en la punta oriental de la cordillera que hoy dia llamamos Monsant, una especie de península de corta estension, cuyo istmo defendia un baluarte hecho á figura de arco tendido; y la isla estaba circuida de una triple linea de muros, cual material suministrará el mor-



ro cercano del inmenso peñasco calcáreo que termina en aquel punto.

El conde-rey subió por la orilla del Ebro hasta encontrar el Ciurana, y continuó por el alveo de este último hasta Al-boli en cuyos muros ondeaba ya la bandera barcelonesa; y desde aquella poblacion pasó el mismo día, al campamento situado á una legua escasa, en la falda de Monsant. Don Ramon llegó casi de noche. Habia viajado diez y seis horas bajo un sol de 30 grados, pues era el primero de agosto, y los rayos de fuego reflejados por un suelo de arena y pizarra, ahogaban á la comitiva del conde-rey en aquellos valles en que apenas se siente respirar el ambiente durante la canícula. La fatiga de tan larga jornada, el sofocante calor, y mas que todo el afán del ambicioso conquistador, le postraron en cama, y al otro día se declaró en el real enfermo una fiebre tan intensa que puso en alarma á la pequeña corte del principe, compuesta de hidalgos aragoneses, nobles catalanes, prelados y un médico judío. En aquellos tiempos de fé viva se abandonaba el cuerpo á despreciados artes de aborrecidos hebreos, y solo se procuraba salvar el espíritu conduciendo á la hoguera á los médicos infieles. Como consecuencia de la preocupacion se formó un consejo de vigilancia en derredor del físico y del enfermo, haciendo responsable al primero de la salud del segundo; responsabilidad que aceptó aquel con toda impasibilidad. En pocos minutos se improvisó tambien un altar en la real tienda para rezar por el conde-rey: todas las plantas medicinales de la sierra prestaron su jugo hirviendo en agua que hendió el obispo de Gerona; y desde el hebreo que no se apartaba un solo instante de la cabecera del lecho hasta el último soldado, se formó una cadena de personas ansiosas, cuya alegría ó tristeza cambiaba segun las palabras de alarma ó gestos satisfactorios del facultativo. Al tercer día á pesar de los remedios y de las oraciones, el mal fué progresando; entró el delirio en el enfermo y el médico se lavó las manos segun costumbre de los rabinos orientales.

Durante la noche mientras que la respiracion del paciente cansada y anhelosa se oia á través del lienzo del pabellon, en la trastienda y bajo la sombra de los estandartes de Aragon y Cataluña, hablaban en voz baja don Quixano Queixa y el judío.

—Desengañaos, noble señor, decia el último, las posibilidades del arte están apuradas y ningun remedio puede salvar la existencia de S. A. como no sea por medio de un milagro.

—Pues bien, respondió el obispo, sea un milagro.

—Ya os he confesado, añadió el hebreo, en que manos está el secreto.

—¿Y crees tú, repuso el prelado, que esa muger que posee el bálsamo maravilloso accederá á venir hasta aquí?

—No os lo prometo: mas afirmo cuanto he dicho.

—¿Qué curas sobrenaturales has presenciado?

—Noble señor, prosiguió el israelita, mi padre se vió recusitado por la hechicera, pues hacia tres días le teniamos por muerto. El chái que Selim, que manda en la fortaleza de Al-barca recibió una estocada que le pasó de parte á parte; y solo hora y media bastó á la Sibila para cicatrizar la herida; desde entonces el viejo musulman la quiere como á una hija y la respeta como á una divinidad.

—Es un amuleto, un filtro ó un bálsamo....

—Es un agua preciosa que conserva la familia de Dina, desde los tiempos mas remotos. La tradicion árabe cree que el Profeta se lavó el rostro en aquel líquido despues de su

viage al Paraíso; los hebreos sostienen son restos del rocío que caia al derredor del Arca Santa durante la ausencia de Moisés, y los cristianos sospechan fué bautizado Jesus....

—¡Bah! necedades, contestó don Quixano, que ni oyó las últimas palabras del médico.

—Nada aseguro en cuanto á la cronología.

—¿Y respondes de su eficacia? preguntó el eclesiástico.

—Noble señor, respondió humildemente el judío, mi vida vale bien poca cosa para ponerla en la balanza con la de un soberano.

—Temes sin duda....

—En la ciencia no hay sino teorías, añadió el rabino con énfasis, empero solo en aquel remedio confío.

—¿Y quién se encargará de ir á buscar á esa muger?

—¡Noble señor!

—Tú no, dijo el prelado, y despues de un momento de reflexión, veremos, acabó como si hubiese concebido alguna idea luminosa acerca de aquel secreto.

Mientras que los cristianos, olvidando el cerco de Al-barca, hacian sus oraciones en favor del conde-rey, en aquel castillo el gobernador Selim tomaba sus precauciones á fin de que los enemigos no adivinasen el plan que habia formado de abandonar la casi indefensa poblacion y retirarse al fuerte, desde donde se dirigiria á su tiempo hácia el Ebro, siguiendo la corriente del río de la sierra que va de Oriente á Mediodía. Su único confidente, la esclava Dina, acababa de recibir instrucciones á fin de salvar los objetos mas preciosos, y excepto aquella hebrea, ninguno de los defensores de Al-barca pudo penetrar el misterio de los preparativos que se hacian de órden del gobernador.

—¿Es cierto por desgracia, exclamaba Dina, que este castillo con sus triples muros no puede resistir otro siglo á la cruz de los infieles y á los hierros de Aragon?

—No tengo la menor duda, contestó Selim. A no ser la enfermedad del conde-rey, tres dias ha estariamos en su poder, á lo menos Al-barca.

—Y una vez que estás decidido á pasar el Ebro ¿Qué ciudad has escogido para nuestro asilo?

—Córdoba ó Granada, respondió el anciano; las demas colonias agarenas no están para dar completa seguridad á un tesoro como el que poseemos.

—Bajad la voz, interrumpió con viveza la esclava, las paredes tienen oídos. Acuérdate que el año pasado por una imprudencia semejante por poco no cayó en manos de don Ramon Berenguer esa joya que busca con el frenesi de un energúmeno.

—Gracias á tí, Dina, dijo el musulman, que supiste eludir la capitulacion deshonorosa que entonces hicimos en Almeria, y de la cual quedamos libres por tu astucia.

—Estratagema que se descubrió bien pronto y costó la vida al cobarde Al-manzor, creído culpable de engaño por los cristianos.

—Y á buen seguro que él mismo se figuró por un momento dueño de una de las maravillas de la naturaleza, para luego despues comprender su error.

—Selim, Selim, gritó la hebrea, siempre te olvidas de tu habitual cordura cuando hablamos de este asunto.

—Es verdad, hablemos de otra cosa, de tu hija; de nuestra hija, quise decir.

—Haceis bien, ya que otro se ha negado á reconocerla, en darla tan dulce título, dijo con tristeza la esclava.



—No es un mero nombre, replicó el viejo musulmán, el que la doy, sino un nombre de sangre que sustituyo al de carriño; sus derechos sobre mi corazón no por ello son menos sagrados.

—¡Oh! gracias, gracias, noble Selim, exclamó con entusiasmo ella, me reconciliais con los hombres. El daño que he recibido queda recompensado con tanta bondad. Gracias por mi hija.

A este tiempo entró en el aposento con toda la franqueza de la inocencia, una graciosa niña de quince años cuyos cabellos eran rubios, y azules los ojos. Su traje ni de mora, ni de judía, ni de cristiana, participaba de la costumbre de las tres razas; en una palabra era musulmana de cabeza, hebrea de cuerpo y cristiana de los pies. La hermosa joven se dejó abrazar del anciano y devolvió el beso á su madre corriendo en seguida á la azotea contigua, en donde á fuerza de ingenio y trabajo se había construido un pequeño jardín. Desde aquel balcon de flores se divisaba el campamento del conde-rey y las banderas reales que flotaban sobre la tienda del príncipe. Un estrecho sendero que serpeaba la falda de la sierra enfilaba la visual de la ventana de aquella estancia y á lo lejos pudiera percibirse un caballero que se dirigía hácia el castillo. La joven jardinera fué la que dió la voz de alarma.

—Un cristiano, gritó con infantil alegría.

Selim y la esclava se asomaron á la barbacana. Ya á la sazón estaba tan cerca el caballero que se distinguía el color negro de su cabalgadura y sus colores en la banda y penacho.

—Es un mensajero de don Ramon, dijo Dina.

—Será el último, añadió el agareno.

Media hora despues el enviado estaba en presencia del chaïque y de la esclava, cuyo rostro cubria entonces un espeso velo negro.

—¿Se me intima otra vez la rendicion? preguntó con orgullo el gobernador.

—Otro es el motivo de mi embajada, respondió el cristiano con calma.

—Esplicáte, pues, repuso Selim, admirado de que otra causa condujese á un enemigo dentro de aquel recinto.

—La salud del rey de Aragon no es del todo completa, prosiguió el mensajero, y el arte aunque eficaz estardio con una enfermedad tan perjudicial á Barcelona y Aragon.

—¿Y qué tenemos que ver con su dolencia?

—Escuchad. El físico Jacob ha confesado que en este castillo existe una persona, que es la única en el mundo que puede curar la dolencia de don Ramon, y en su nombre te ofrezco la capitulacion que quierais con tal que se salve la existencia de nuestro príncipe.

—¿Quién eres, pues? interrogó el moro sorprendido de aquella demanda.

—Don Guillen Ramon de Moncada.

Un ¡ay! agudo salió detras del velo negro y entonces se apercibió el caballero de que no estaban solos.

—¿Y cómo es, dijo al chaïque, que una esclava judía presencia nuestra entrevista?

—Sosiégate, contestó Selim, Dina viste trage hebreo, mas no es esclava aquí, sino la señora.

—¿Y cómo un noble hidalgo de Aragon se digna buscar una medicina en manos infieles? preguntó con voz clara y penetrante la tapada.

—Yo no he venido á discutir, replicó el canciller del con-

de-rey, sino á proponeros un pacto ventajoso para vosotros y saludable á mi soberano.

—Entendámonos, interrumpió el viejo, dando una mirada de inteligencia á la hebrea, ¿nuestra libertad penderá sin duda de la salud del príncipe barcelonés, procurada por la persona que buskais aquí, ó bastará la medicina?

—¡Agareno! gritó encolerizado el caballero, tratas de insultarme y tu ironía está marcada en el reloj por un grano de arena.

—Te equivocas, don Guillen, interrumpió la muger velada, y la mejor prueba que puede darse de la buena fé de Selim es que te ofrezco el bálsamo y el médico sin necesidad de compromiso alguno por vuestra parte.

—Esclava, repuso con desprecio el canciller, ¿en qué sinagoga has aprendido ese descaro que debe avergonzar á tu dueño?

—¡Infiel! prorumpió el anciano, eres tú quien me provocas.

Y el musulmán ardia en tal despecho é ira que el enviado conoció su temeridad.

—Sosegaos, dijo la hebrea, tú, hidalgo de Aragon, vienes á buscar un remedio para tu rey y un curandero que se lo administre bajo la responsabilidad de su cabeza; pues bien: el físico soy yo y la medicina...

La sorpresa del mensajero duró poco tiempo: las palabras que añadió el chaïque le volvieron en sí.

—No, no, dijo el viejo árabe, ¿entregarte en manos de los cristianos, y tu vida á merced de una casualidad?

—Cómo, dijo la tapada, ¿has olvidado ya lo que por tí hice?

—Nunca se me borrará de aquí; respondió el moro señalando su corazón, empero no quiero esponer á la suerte tu existencia.

—Cálmate, Selim: ni morirá el conde-rey, ni puedo correr peligro alguno. El noble don Guillen Ramon de Moncada, que ya otra vez me salvó de una muerte horrible....

—¡Yo, á tí, miserable!

—Poderoso señor, continuó la judía, entonces no me llamabas con este epíteto y hasta te dignabas estrecharme en tu seno con la ternura de un.... amigo.

Las últimas palabras las pronunció pausadamente.

—¡Bah! dijo el canciller, y sin contestar á la velada la volvió las espaldas dirigiéndose al gobernador cuyas lágrimas eran bien visibles.

—¿En qué quedamos? continuó, no poco admirado de lo que él se figuró era una flaqueza en un guerrero lleno de años y cicatrices.

—Dina irá con vos al campo cristiano, respondió el viejo agareno, con voz apagada.

—Y yo te prometo en nombre del rey, añadió, el embajador, dejarte salir sano y salvo de Al-barca con tus bienes y familia el último día de vuestra defensa.

Entremos ahora en la tienda real sobre la cual tremola el pendon unido de Aragon y Cataluña.

En un lecho que rodean cortinas de seda de Levante yace don Ramon Berenguer; sostenido, en medio de su delirio, por las manos del obispo de Girona, del nuevo prelado Queixal y del canciller Moncada. En el fondo de la estancia está el hebreo Jacob con la cabeza doblada sobre su pecho y una muger cubierta de pies á cabeza con un velo negro. El solemne silencio que reina allí es una prueba del fatal estado del ilustre enfermo y del respeto que impone aquel lastimoso



cuadro. Nadie se atreve á respirar con desahogo, y solo el perro favorito del conde-rey, tendido á los pies de la cama, gruñe: de allí á poco la voz del obispo se oyó que murmuraba sordamente:

—Una hora mas de fiebre acaba con el enfermo.

Don Guillen respondió:

—Felizmente traigo conmigo á esa muger, que segun Jacob, posée el filtro maravilloso.

—¡Sacrilegio! Gritó el obispo, y al divisar á la muger del velo negro soltó la mano del paciente haciendo la señal de la cruz.

Don Quixano exclamó entonces:

—Venga esa bruja ó ángel, poco importa, sálvese el príncipe y despues averiguaremos si es milagro ó arte del diablo.

El obispo de Girona salió de la tienda, la muger velada se acercó luego á la cabecera de la cama y al contemplar las facciones del conde-rey descompuestas por la calentura y

por la agonía dijo en voz baja, que tan solo llegó á oídos del médico hebreo:

—Don Ramon ¡ha llegado el día de mi venganza! desde hoy me reconcilio con Dios.

Algunos instantes despues el enfermo estaba sumergido en un profundo sueño, que sin duda era de buen pronóstico atendida la franca y pausada respiracion de su pecho. Jacob tambien dormia en su asiento: don Guillen, mudo é inmóvil, guardaba la puerta de la estancia; don Quixano rezaba mentalmente y la curandera meditaba. Era un grupo de personajes del silencio.

Entretanto el obispo de Girona se habia refugiado á la capilla contigua, y allí pedia al Señor salvase al príncipe de los hechizos de la magia.

Dos dias despues el aspecto del campamento cristiano habia sufrido una metamorfosis completa. A la tristeza habia



Vista de Al-barca.

sucedido la alegría, á la inquietud el sosiego: la taciturnidad de la soldadesca era convertida ya en gritos de contento; y lo mas extraño que hubiese encontrado un curioso era tambien el bullicio satisfactorio que se percibía en Al-barca, de donde los musulmanes salían libremente á buscar vitualla y regresaban, rozándose en todas partes con los aragoneses y catalanes. Ya no existía la menor duda acerca el restablecimiento del conde-rey, debido á las pócimas administradas por mugeres hebreas que el gobernador del castillo habia fa-

cilitado en cambio de una capitulacion honrosa. Esta era la opinion de los cristianos, que unánimes aprobaban las condiciones verosímiles de aquel pacto, bastante frecuente en época de la espulsion de los moros. Hasta el respetable obispo de Girona parecia satisfecho respecto la medicina y el médico: don Quixano Queixal se frotaba las manos recibiendo muchos parabienes, y únicamente Jacob permanecía invisible con la esclava judia en lo interior de la tienda real.

El día 8 de agosto evacuaron á Al-barca sus defensores,



y por la falda de Monsant se dirigieron hacia el Ebro llevándose consigo todos los efectos transmisibles en las acémilas que les facilitaron los cristianos. Don Guillen tomó posesión del castillo en nombre de don Ramon Berenguer, y solo Dina quedó con su hija en rehenes de la convalecencia del conde-rey, que se adelantaba progresivamente.

Una de aquellas tardes de verano pesadas y eternas en que el ambiente abrasador sofoca con todo el calor de la canícula, el rey de Aragon sentado en una silla ancha y cómoda, recostado sobre almohadones de pluma cubiertos de rica seda de damasco, apenas sensible al rigor de la estación por motivo de su extrema debilidad, se entregaba á la magia sabrosa de un diálogo que sostenía con su canceller, acerca de la conquista de toda la Península ibérica que todavía obedecía á los reyes sarracenos. El astuto cortesano salpicaba la conversacion con una que otra adulacion al valor personal de don Ramon, cuya vanidad era un defecto harto notable en cuanto á aquel mérito, no raro en una época de guerra perpetua, en que apenas se conocia un cobarde.

—Cuán sensible, decia don Guillen por la cuarta vez, hubiese sido vuestra muerte en este oscuro rincon de Cataluña, antes de la toma de Tortosa, de la conquista de Mallorca y de la entrega de Córdoba ó Granada.

—En efecto, contestó riendo el principe, lástima fuera que dase en la mitad del camino que han trazado mis ilustres antecesores; pero doy por perdidas todas las victorias en paragon de la que habeis alcanzado recientemente contra ese enemigo que no tiene banderas, ni armas, y á pesar de ello tanto pavor causa.

—Dios es justo, repuso el canceller, y no podia frustrar las esperanzas de la cristiandad, dejando viudo el trono de Aragon y huérfano el de Barcelona.

—A lo que veo prosiguió el conde-rey, esta vez ha querido hacer completa su gracia, enviándome por medio de un ángel; porque á no ser sueño, durante mi enfermedad creo haber sido velado por una muger de celestial belleza.

—En cuanto á la muger es cierto, mas por lo que toca á la cualidad á fin de que os convenzais de vuestro error os pido permiso de presentarla, ya que á sus filtros se debe vuestra cura casi milagrosa.

—Cómo, esclamo don Ramon, ¿á una dama debo mi restablecimiento y nada habiais dicho hasta ahora?

—No hay tiempo perdido, pues que todavía está aqui vuestra enfermera.

—Tráemela pronto, Moncada, quiero proclamarme caballero suyo, romper una lanza en su honor y darla á besar mi mano agradecida,

—Os guardareis de hacerlo.

—¿Es vieja de cien años? repuso riendo el conde-rey; entonces á pesar de mi costumbre en solo adorar á la diosa de la juventud y de la belleza, será un beso mi recompensa á sus servicios, á pesar de tu incredulidad.

—Un beso de vuestra boca dado á una judía! dijo don Guillen haciendo un gesto de repugnancia.

—Judía.

El rostro del principe espresó una estraña variacion de afectos, odio, gratitud, horror y todas las pasiones se sucedieron rápidamente en su corazón.

—¿Quién se ha atrevido á entregar mi existencia á manos impías? preguntó trémulo de cólera; don Guillen se guardó bien la respuesta en su interior.

—¿Quién ha sido el sacrilego que ha conducido hasta mi lecho á una bruja, á un instrumento de Satanás? ¿y yo habré salvado la vida merced á un sortilegio? Don Guillen responde. ¿Es verdad lo que digo?

—Lo es, señor, contestó el canceller á la demanda que el principe acompañó con un apretón de ira en el brazo de aquel. En cuanto á vuestra preciosa salud, continuó el cortesano, cierto es se debe su restablecimiento á las pociones que os ha suministrado esa hebrea; y culpa es de don Quixano y mia el haber venido esa muger á libraros de la muerte, cuando estabais desahuciado por vuestro médico, que tambien pienso es judío.

—Tienes razon, Moncada; replicó el monarca despues de algunos minutos de reflexion, siempre me dejo llevar de mi impetuoso genio. Al fin y al cabo no será mucha la diferencia entre él y ella. Habeis hecho bien y os lo agradezco.

El conde-rey alargó la mano al canceller quien la beso con muestras de respeto añadiendo:

—Aunque me hubiese costado la vida, no importaba con tal que salvase la de mi soberano.

—Lo sé Moncada, y dime ¿si hubiese fallecido?

—La hebrea tenia ya preparada su hoguera.

—Mayor gratitud merece en haberse espuesto á tal suplicio, y es forzoso sean iguales los extremos. ¿Quién es esa rabina?

—Una esclava del chaïque de Al-barca.

—Comprendo. Se le ha concedido una buena transacion en pago de tan señalado favor.

—No ha hecho mas que librarse hoy en Al-barca para caer mañana en nuestras manos en Tortosa.

—Así sea. Entre tanto ve á buscar á esa esclava. Quiero verla y satifacer mi gratitud segun merece. Si se convierte á la fé, juro elevarla hasta que un blason de nobleza eternice la recompensa hecha á su mérito; si es judía, hay aun oro en mis arcas para pagar la deuda. Moncada, tráeme á esa muger.

Don Guillen volvió al cabo de un gran rato, y al verle solo dijo el principe:

—¿Se ha marchado ya?

—No, señor, respondió el canceller; está en el oratorio á los pies de don Quixano.

—¿Será posible?

—Está confesándose. A lo que entiendo, vuestra milagrosa cura ha abierto sus ojos. Tendremos dos cristianas mas.

—¿Cómo dos!

—Sin duda: madre é hija.

—¿Hay una niña tambien? preguntó el conde-rey.

—Hermosa como un sol.

—Prefiero la hija, exclamó el principe riendo.

—¿Deseais verla? dijo don Guillen con cierta indiferencia.

—Cierto que si. Mientras se convierte la madre, procuraré hacerlo con su hija. Y don Ramon calculaba si encontraría algun pasatiempo en su convalecencia.

Cuando el canceller introdujo á la joven hebrea en la presencia del principe, éste quedó casi fascinado á la vista de un rostro de belleza sobrenatural, acompañado de un lindo talle y magestuosa estatura. Era una niña de perfecta hermosura, mas allá de lo que imaginarse podia. Y el conde-rey la contemplaba sumido en un éxtasis no de voluptuosidad, ni de deseos, sino de una adoracion independiente de los sentidos sensuales. La rubia joven estaba ante el monarca con los ojos bajos, mas sin la cortedad propia de su sexo,



pues la escasa edad y quizás otra causa particular á la judía habian apartado de sus ademanes toda torpeza del miedo ó de un respeto exagerado.

—Acércate, hija mia, dijo don Ramon; y la jóven dió algunos pasos hasta que estuvo tan próxima, que su mano pudo ser cogida por las del conde-rey, quien no supo á que atribuir aquella condescendencia.

—¿Quiéres darme una de esas flores que llevas en tu pecho? prosiguió el monarca.

—¡Oh! si, señor.—Respondió la niña abriendo sus ojos con expansion de la mas pura alegría.—Toma, todas son para tí, añadió arrancándose el mazo de rosas y ofreciéndolo al rey, que no quedó menos admirado de la sencillez y candor de la jóven.

—¿En dónde has cogido esas flores? volvió á interrogarla.

—En los pensiles de Al-barca, dijo la rubia: y prosiguió con acento marcado de tristeza: que han destruido tus soldados.

—No importa, niña: yo te buscaré otras mejores.

—Es que era el jardin de mi madre, repuso ella con sentimiento.

—Bien: haremos sea el otro tambien como aquel, propiedad tuya.

—¿Y de padre Selim? preguntó á su vez ella.

—¿Quien es padre Selim? ¿Es el chaique de Al-barca?

—Si.

—Lo que es padre Selim está en Tortosa, dijo el rey; y yo no soy dueño todavía de aquella ciudad; pero seré yo otro padre para tí, si quieres.

—¡Oh! si, dijo la niña espresando sumo gozo.

—¿Y me regalarás las flores de tu jardin como hacias con Selim?

—Mira, esas rosas las traje de Al-barca para tí.

La sorpresa de don Ramon rayó tan alta, que ni aun reparó en la ausencia de su canciller, quien á las primeras palabras del diálogo hizo una prudente retirada. El conde-rey no fué dueño de si mismo, y en el colmo de su gozo atrajo hácia sí á la niña, la abrazó y selló un beso en su frente; beso libre de toda impureza. La jóven recibió aquella caricia con el mismo contento que las otras y entonces fuera de sí la dijo el monarca:

—¿Cómo te llamas, hermosa?

—Los ángeles me llaman Ramona, respondió la jóven.

—¡Ramona! repitió el conde-rey estupefacto. ¿Eres cristiana?

Ella en vez de responder literalmente á esta pregunta dijo con suma ternura:

—¡Oh! te amo mucho.

—¡Estoy soñando! murmuró don Ramon, y apenas pudo coordinar sus ideas en una imaginacion débil herida por tan sorprendentes contrastes.—¿Y es tu padre Selim? la preguntó.

—No, dijo ella.

—¿Conoces á tu padre?

—Si, dijo con alegría.

—¿Cómo se llama?

—Don Ramon Berenguer conde de Barcelona.

El monarca pálido, con el rostro desencajado, y los ojos ébrios de delirio continuó con voz apagada:

—¿Y tu madre?

—Mi madre se llamaba Maria Magdalena Ramon de Moncada.

—¿Se llamaba! balbuceó don Ramon, ¿y ahora?

—Ahora se llama Dina y es esclava de Selim, respondió la niña.

—¡Dios es justo! gritó el conde-rey, y cayó en brazos de su hija desmayado.

Apenas volvió en si, dirigió su azorada vista por su alrededor y no percibiendo á la niña exclamó con acento dolorido: ¡Mi hija!

—Aqui estoy, contestó con el gozo mas espresivo la niña corriendo á los brazos de su padre, que la estrechó convulsivamente en ellos.

—Que venga Maria; quiero ver á tu madre, Ramona, repuso imperiosamente el monarca.

—Señor, dijo con voz solemne el prelado de Lérida, la hidalga Maria Magdalena de Moncada ha muerto despues de purificada en el tribunal de la penitencia.

—¡Ha muerto! rugió don Ramon, y yo miserable de mí no he conocido la mano de Dios en su venganza noble y santa, ¡Estoy maldecido!...

—Os perdona y os lega una prenda viva del amor culpable que sintió por vos.

—Quiero verla muerta, gritó frenético el monarca.

—Señor, al espresarme con tales palabras, repuso el eclesiástico, he hablado de una muerte moral y no corporal. Quise decir que la penitenta ha renunciado al mundo y se ha retirado á una soledad para espiar sus estravios; soledad, añadió el prelado con firmeza, que solo puedo revelar yo en la tierra y que se me ha confiado bajo el secreto de confesion.

—Vive y rogaré por mí, dijo el principe derramando amargas lágrimas.

—Y por su hija, sollozó la niña Ramona.

—Por mi hija, exclamó el conde-rey, y dirigiéndose á los dos obispos de Girona y de Lérida y demas cortesanos añadió con el mayor entusiasmo:

—Es mi hija Ramona Berenguer, la que lo ha sido de Maria Magdalena Ramon de Moncada. (4)

El solemne silencio que siguió á la declaracion del monarca solo fué interrumpido por la voz del canciller que repitió en voz alta aquellas palabras segun la fórmula de costumbre, y luego despues que los cortesanos salieron de la tienda real cundió aquella nueva en los corrillos, siendo comentada de mil maneras. Cuando quedaron solos en la estancia el prelado y don Ramon con la niña reconocida, dijo aquel al principe:

—Señor, para completar tantas felicidades hemos encontrado por medio de la madre de Ramona lo que años ha tanto anhelábais.

—¿Qué? preguntó el conde-rey ansioso ¿seria acaso?...

—Si señor, la *Esmeralda*, que sirvió de plato en la cena de Cristo.

—La misma.

—¿En dónde está?

—Aqui, padre mio, dijo la jóven princesa mostrando una hermosa piedra de un verde brillante que tenia encerrada en una caja de plata.

—¡Oh! exclamó el principe poseido de admiracion.

—Inestimable, añadió el obispo viendo aquella maravilla de la naturaleza.

—¿Qué hay dentro de la conchita que está pegada á la *esmeralda*? preguntó don Ramon.

(4) Histórico.



—El filtro precioso que os ha librado de la muerte.

La curiosidad real probó abrir el resorte de aquella conchita débilmente cerrada, y ora fuese efecto de la agitación febril del monarca ó de la casualidad, es lo cierto que se derramó el agua que contenía la conchita.

Dos años despues (1148) el conde-rey á pesar del valor inmenso de aquella joya y del precio señalado por los consejeros de Barcelona, la dió á la señoría de Génova en rehenes de dos millones de escudos que les debia por los auxilios que le dieron para la conquista de Tortosa. Los genoveses fueron bastante ricos para estimarla en tal cantidad, y hasta hoy dia no ha sido rescatada por los descendientes de los reyes de Aragon.

Don Ramon Berenguer despues de la toma de Tortosa, condujo á su hija á Barcelona y fundó para ella el convento real que con el tiempo pasó á ser de franciscanas. Doña Ramona fué su abadesa hasta 1200, año en que falleció habiendo permanecido cincuenta y uno en el claustro.

En cuanto á su madre jamás se oyó hablar de ella, únicamente en el año 1526 explorando los cartujos la sierra de Monsant encontraron una cueva y en su interior un esqueleto arrodillado delante de una cruz de piedra. Al pie de la cruz existian unas letras que descifradas por los anticuarios decian:

MARIA MAGDALENA PENITENTE.

Los monges construyeron una ermita al lado de la cueva bajo la invocacion de la santa de dicho nombre, que todavia existe á corta distancia de los restos morunos de Al-barca, convertidos hoy dia en un pueblecillo miserable.

J. FERRANDI.

## HISTORIA NATURAL.

### EL TAMANDUA GUACU.

Un viagero escribia desde Uruba (Brasil), lo siguiente: En un bosque que hay en la falda de las montañas que separan á Uruba de San Salvador, acostumbraba á retirarse el jaguar durante el dia, despues de haber esparcido el espanto y la desolacion la noche anterior en las cabañas de aquellas cercanías. En su consecuencia salimos en su busca en número de doce cazadores en caballos, y acompañados de nuestros respectivos criados. Como teniamos que andar doce leguas para llegar al punto de reunion de la caza, determinamos acampar á cielo raso por espacio de una noche, á cuyo fin hicimos los correspondientes preparativos, esto es, nos llevamos dos tiendas de lienzo y cierta provision de viveres.

Viajamos alegremente todo el dia, y á la noche elevamos nuestras tiendas á las orillas del rio. Los interesantes objetos que se me habian presentado durante el camino, me hicieron

olvidar el escetivo calor que reinaba; mas no fué asi en las incomodidades de la noche, porque apenas me hube embozado con la capa y me disponia á restaurar mis fuerzas con un pacifico sueño, me ví envuelto en una nube de mosquitos, y para librarme de sus molestos zumbidos y terribles picaduras, no hallé medio mejor que abandonar el sitio. Salí de la tienda sin hacer ruido por no despertar á mis compañeros, y armado con mi escopeta, dirigí mi nocturno y silencioso paseo por la orilla del rio, para respirar la frescura de las aguas.

Fuí adelantando al través de las altas yerbas de aquella sámana, y acabé por sentarme en una roca de granito para contemplar descansadamente la sorprendente perspectiva y sublimes efectos que produce una noche serena en los paises próximos al ecuador. Pero de repente me hallé interrumpido en mi dulce meditacion por un ser el mas extraordinario que en mi vida habia visto.

Era este un animal del tamaño de un mastin, de cuatro pies de largo sin incluir la cola, de pelo recio y de un color pardo oscuro, y con una faja oblicua de color negro orillado de blanco que le cogia ambos hombros. De pronto, solo pude apreciar muy confusamente sus estrañas formas; manteníame inmóvil y silencioso, y así el animal no me vió, y se acercó á mí sin el menor recelo. Su cabeza era muy pequeña á proporcion de lo restante del cuerpo, y terminaba en un hocico cilindrico, estraordinariamente delgado, de mas de un pie de largo y sin dientes; tenia las orejas muy cortas y casi imperceptibles, y sus pequeños ojos tenian aquella espresion triste y comun á todos los animales nocturnos. Al andar, barria el polvo con la enorme cola guarnecida de pelos largos y en direccion de arriba á bajo, la que, como supe despues, cuando anda al sol, cuyos rayos aborrece, la levanta y estiende á manera de quitasol. Observé que tenia cinco uñas en las patas traseras y cuatro en las delanteras, siendo las de estas últimas únicamente fuertes y largas, lo que me pareció que debia servirle de terribles armas ofensivas. Como este animal no necesita valerse de las uñas, las lleva medio plegadas y recogidas, se ve precisado á apoyarse en los bordes laterales de las patas, lo que comunica á su andar lento y penoso, una especie de jaleo muy desagradable.

Fué divagando un buen rato por alli cerca, y luego se fué á uno de esos montones de tierra de figura cónica que levantan las repúblicas de hormigas que los naturalistas llaman *termite*s. Dió en torno de él dos ó tres vueltas para examinarle con toda detencion; yo creí que pasaria adelante, porque sabia que los tales conos, que tienen á veces cinco y aun seis pies de alto, los fabrican los *termite*s con tanta solidez que se resisten aun á la azada y al pico. No obstante, el animal se sentó sobre sus patas traseras al lado del cono, y con las delanteras, ó mejor con las uñas, fué dando golpecitos en diferentes puntos del edificio. Como al parecer escuchaba con mucha atencion los diferentes sonidos que sus golpes producian, supongo que estaria examinando en parage mas propio para ser atacado; y en efecto, despues que le ví dar tres ó cuatro golpes en el mismo sitio, se resolvió de repente á hacer un agujero en la pared del cono, lo que logró al cabo á fuerza de escarbar con sus fuertes uñas.

El agujero que hizo era del diámetro de un dedo, por lo que creí que trataria de ensancharlo; mas no fué así; antes bien se contentó con aplicarle el delgado extremo de su hocico, y luego quedó inmóvil en esta posicion por espacio de dos minutos.



Durante este tiempo toda mi penetracion no fué bastante para enterarme de lo que estaba intentando, pero repentinamente echó atrás la cabeza con un movimiento rápido, y me pareció verle sacar del agujero un gusano que se entortijaba en todas direcciones, cubierto de una infinidad de hormigas que estaban pegadas mediante un humor viscoso. Pero lo que parecía gusano, era solo la lengua del animal que habia introducido en el cono penetrando hasta la mitad del hormiguero. Se la introdujo en la boca con las hormigas, y luego repitió la misma operacion por algunas veces.

Quise acercarme sin hacer ruido; pero el animal me vió: creí que iba á emprender la fuga y preparé la escopeta; pero como la esperiencia le habia demostrado que era su andar har- to penoso y difícil para huir de un enemigo, se contentó con levantarse apoyado en las patas traseras, con el dorso arrima- do al mismo hormiguero, cubriéndose el cuerpo con la cola y resguardando el hocico en el pecho, en cuya actitud me aguar- dó firme amenazándome con sus aceradas uñas. Di dos ó tres vueltas alrededor esperando sorprenderlo y darle de palos; pero siempre le encontré muy prevenido con sus garras vuel-

tas hácia á mi en actitud amenazadora, por lo que no tuve mas medio que descerrajarle un tiro y lo dejé muerto.

Al oír la esplosion acudieron miscompañeros, y dijo uno de ellos: «Es un tamandua guacu, el mismo animal que llaman los franceses *tamanoir* (*myrme cophago jubata*), el mayor de los que entran en el género de los hormigueros ó come- dores de hormigas. Carece de la facultad de trepar por los árboles; su andar es lento, y vive únicamente en los lugares bajos como este en que nos hallamos. Este ser tan mal dota- do por la naturaleza está lleno de buenas cualidades. Aun- que mal armado, no cede á ningun otro animal en valor, pues hasta se defiende del jaguar. Si este le ataca sin pre- caucion, el tamandua le coge entre sus patas delanteras y le abraza estrechamente hasta que lo ahoga. El tamandua, ademas de hormigas, come tambien de toda clase de insectos. Cogido jóven se acostumbra fácilmente á la cautividad, en cuyo caso se mantiene de pan y de pedazos de carne; profesa hasta cierto punto, afecto á su amo; pero la habitual tristeza de este animal va en aumento con la edad, y regu- larmente muere de ella poco despues de adulto.»



El tamandua guacu.